



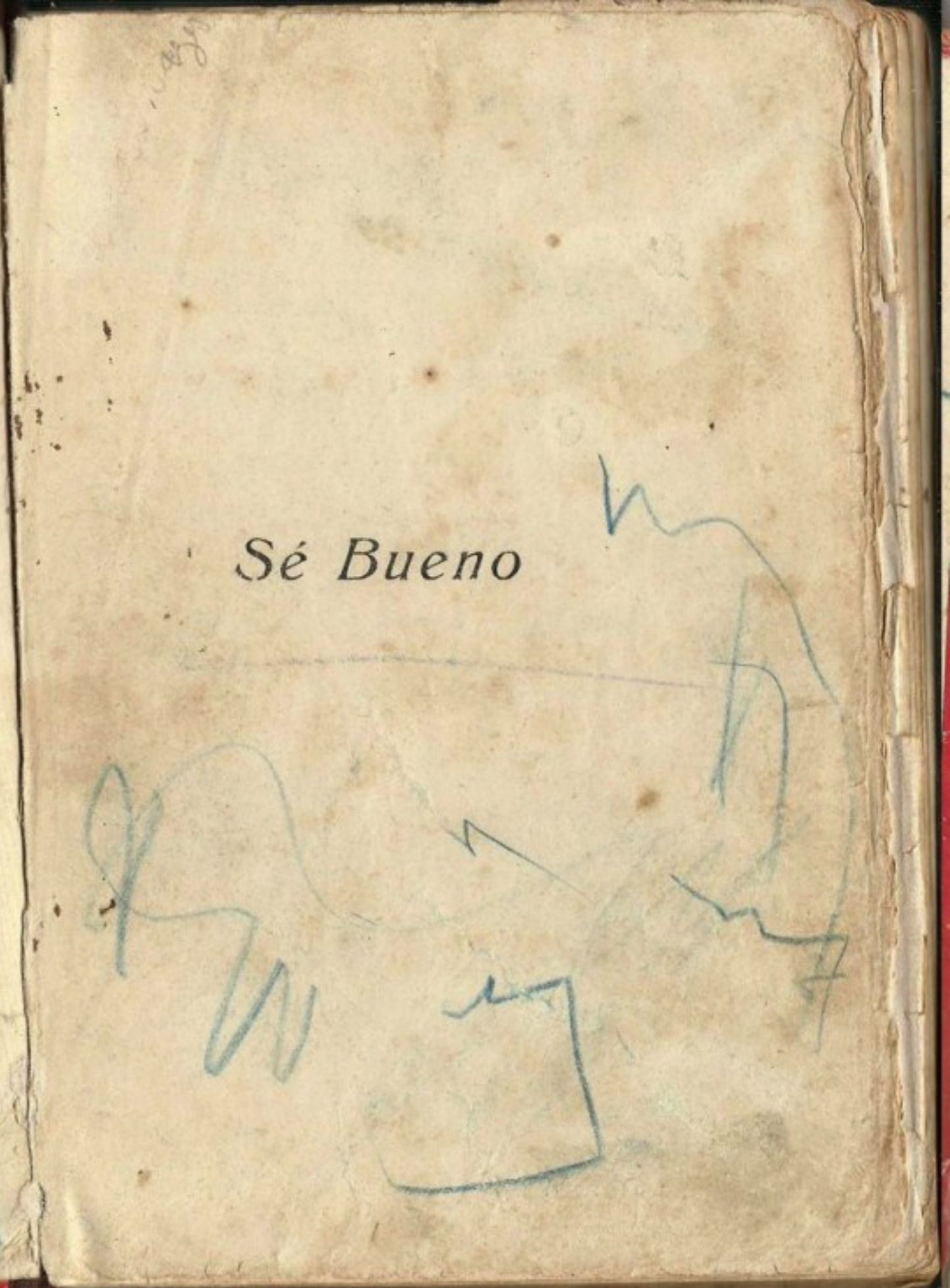
Sé bueno

LIBRO DE LECTURA PARA 3^{er} GRADO



LIBRERIA
DEL COLEGIO
BUENOS AIRES

Sé Bueno



Queda hecho el depósito que marcan
las leyes 7092 y 9510

Sé Bueno

La bondad, inclinación a hacer el bien, es uno de los sentimientos más puros y delicados.

La bondad es consoladora y dulce para el desgraciado: hace amables a las personas y suaviza muchas asperezas.

La bondad se manifiesta en las palabras, en las modulaciones de la voz, en las miradas, en la expresión del rostro y... hasta en los ademanes. Florece en la sonrisa y se revela expresivamente en el cordial apretón de manos.

Es difícil resistir al benéfico influjo de la bondad.

La bondad puede mitigar muchas penas y endulzar muchas amarguras.

¡Cuántas veces ha bastado la palabra bondadosa y oportuna para enjugar un llanto o serenar instantáneamente a un hombre enfurecido!

Ejercitémosla; pues haremos así obra buena, sintiendo además el encanto de una satisfacción íntima.

¡Digamos las palabras buenas, que se mezquinan tanto y son tan necesarias!

Demos el apretón cordial de manos que puede hacer tanto bien.

Alentemos los esfuerzos bien intencionados.

Disculpemos errores que nosotros también podemos cometer; y no hagamos a los demás lo que no quisiéramos que nos hicieran a nosotros.

Ojalá que los niños se quieran mucho entre sí y que al retirarse definitivamente de la escuela los alienten sentimientos de bondad.

Cuando la bondad —que es un matiz del amor— anida en las almas, las cosas parecen más lindas, los árboles más hermosos, el cielo más puro, más brillantes las estrellas y los seres humanos más buenos.

Debe ser porque entonces tenemos más luz en las pupilas, más dulzura en el corazón, más claridad en la mente y más serenidad en el espíritu.

Sed Buenos, repiten los hombres que desean el reinado de la cordialidad en la tierra.

Sed Buenos, hijos míos, dicen los padres a sus hijos.

Y yo también, niña o niño, que lees este libro, como tus padres y maestros, te digo: Sé bueno, sé bueno, sé bueno...

J. F. J.

A los Maestros

“SE BUENO” se titula este libro y por eso la mayoría de sus lecturas tienden a enaltecer los sentimientos que despiertan el amor al bien.

Provocar gradualmente ese despertar de la conciencia, que incline al niño a ser bueno, es obra humana y bella, que debe realizar la escuela en la medida de lo posible, empleando oportunamente los medios más apropiados para conseguirlo.

Uno de estos medios, y acaso el más valioso, es la lectura, siempre que los temas sean bien tratados y que el maestro sienta que la educación de los sentimientos y la voluntad es la obra más valiosa que le corresponde realizar en la escuela.

El respeto y la consideración a los padres y mayores, las formas delicadas en el trato social, los ideales, la sencillez y la discreción, etc.; que hacen amable la vida, tienden a desaparecer, sustituidos por un materialismo crudo que olvida, muy a menudo, a los fervorosos cultores del arte, la ciencia y las letras.

Hay que reaccionar, oponiendo una valla a la ola que avanza; y la reacción tiene que iniciarse en la escuela, si los maestros saben cumplir dignamente su función educadora. Este libro pretende ser un auxiliar del maestro en el cumplimiento de su noble tarea.

Para escribirlo, el autor ha mirado en torno suyo, ha seleccionado los temas, tomándolos de la naturaleza y del medio ambiente, sin olvidar algunas reminiscencias de su niñez y los ha desarrollado tal cual los ha sentido: con sinceridad y amor.

No son, pues, sus páginas un sedimento o una adaptación de lecturas hechas por el autor; son páginas vividas, que trasuntan optimismo, entusiasmo, sencillez, bondad y amor. Es decir, algunos de los sentimientos que dignifican al ser humano y embellecen la vida.

Al niño no debe mantenersele, únicamente, como muchos creen, dentro del marco de la puerilidad para hacerlo pensar y sentir; sentir sobre todo.

Y si en la escuela, como el programa lo impone y el buen sentido lo indica, hay que combatir las malas costumbres y afinar los sentimientos, poco podrá conseguirse mediante la lectura de algunas páginas ñoñas con vagas y repetidas generalidades. Hay que reflejar la realidad de las cosas o de los hechos para provocar una impresión viva y duradera, que el maestro conseguirá siempre que ponga sentimiento, sinceridad y entusiasmo en su arte docente.

Por otra parte, conviene a veces levantar el punto de mira e idealizar un poco. Algunas lecturas responden también a este propósito.

El niño, como lo ha comprobado el autor en sus clases de lectura, sabe agitar las alas de su imaginación y volar más alto y mejor de lo que muchos creen.

Su sensibilidad es también una cuerda tensa, que aguarda, para vibrar, la mano delicada que sepa pulsarla con acierto.

Y nada más. El autor no quiere hacer aquí una página preceptiva, porque considera a los maestros suficientemente capaces, cuando ejercen de un modo consciente su función educadora, para manejar el libro de manera que rinda el máximo de beneficio.

Ojalá su autor haya tenido el acierto de escribir un texto interesante, emotivo y útil, que facilite la ardua y difícil tarea de los maestros.

Juan Fco Jauregui



Sean eternos los laureles
Que supimos conseguir;
Coronados de gloria vivamos
O juremos con gloria morir.

SIMBOLOS NACIONALES
(Para pensar, conversar y escribir)

PRIMERA PARTE



EL DESPERTAR DE CARLITOS

— Despiértate, dormilón. Ya es hora de que te vistas y prepares para ir a la escuela — le dijo a Carlitos su mamá. Y, como buena mamá, le dió un par de besos en los ojos, sin duda para que se le despegaran los párpados.

Carlitos los abrió perezosamente, estiró sus bracitos hacia el respaldo de la cama, en un desperezamiento lento, los extendió poco a poco hasta que cayeron a lo largo de la almohada, y... repentinamente rodeó en un apretado abrazo el cuello de su madre y la besó varias veces, diciéndole:

guarecían tranquilamente en la espesura del follaje.

Después de corretear espantando a cuanto bicho viviente divisaban, sudorosos y sin haber matado, felizmente, ni una sola avecita, se dirigieron hacia el portillo del cerco para regresar.

¡Pobres criaturas!, llegó a sentirlos el perro del quintero, los alcanzó cuando llegaron al cerco, y atacó a Juan, mordiéndole ferozmente.

Gracias que intervino rápidamente el quintero y pudo evitar que el feroz animal despedazase al chico.

Una imprudencia de los chicos: *meterse en cercado ajeno*; y otra imprudencia del quintero: *tener suelto durante el día un perro tan bravo*, motivaron esta doble desgracia: un niño gravemente mordido y unos padres sumidos en la aflicción. Y todo, por la mala costumbre de perseguir a los pajaritos.

Pero los chicos no suelen pensar en estas cosas si tienen padres que los aconsejen o maestros que les enseñen lo que no debe hacerse, por medio de explicaciones y ejemplos sencillos.

Tal vez Eduardo y Juan, como no iban a la escuela, habían carecido de tan útil enseñanza.

¡Pobres chicos! ¿Qué culpa tenían ellos?...

¡Y pensar, que todavía haya chicos que no reciben las cariñosas advertencias de sus padres o maestros!

Carlitos cerró el libro y quedó pensativo.

¿Qué pensaría ese niño bueno y feliz?

Es fácil adivinarlo.

HACIA LA ESCUELA

Después de haber estudiado su lección de lectura preparó los útiles escolares. Nada le faltaba: el lapicero con la pluma, el lápiz con punta, la goma de borrar, el papel secante, sus cuadernos y libros.

Listo ya, besó a sus padres, despidiéndose con un "¡Hasta luego, papá; hasta luego mamá!", y salió dirigiéndose hacia la escuela.

En el trayecto encontró a otros niños y niñas del barrio, y, formando un interesante grupo que charlaba alegremente, llegaron a la escuela.

En el patio había ya algunas maestras; otras, en sus aulas, preparaban los ejercicios para la primera lección, y la Directora, desde su escritorio, observaba la llegada de todos los alumnos.

— Buenos días, señoritas — dijeron en coro los niños.

— Buenos días, niños — respondieron amablemente las maestras.

Con sus delantales blancos, los cabellos peinados



y la expresión apacible o placentera del semblante, los niños, distribuidos en la vasta extensión del patio, presentaban un cuadro alegre y atractivo.

Se oía la algazara propia de los niños que juegan, hablan y ríen discretamente; pero no esos gritos desaforados que aturden y molestan.

Si algún niño se excedía lanzando una de esas exclamaciones destempladas, o corría *llevándose todo por delante*, no faltaba alguna maestra que le detuviera y le advirtiese cómo debía portarse en los recreos.

Pero lo más simpático de esta escuela consistía en las atenciones que los varones tenían con sus compañeras de colegio.

Este aspecto de la enseñanza: *el respeto para con las niñas*, no lo descuidaba la señora directora.

— Yo deseo — solía decirles a las maestras — que cuando estos alumnos se retiren definitivamente de la escuela, no olviden nunca que tienen madres o hermanas, para que, recordándolo, respeten a todas las mujeres.

Y agregaba:

— Que las palabras groseras no manchen sus labios; que se descubran al saludar; que les cedan el asiento en los tranvías y la derecha en las aceras. Que sepan defenderlas en cualquier circunstancia.

Y estas enseñanzas, que se repetían oportunamente, poco a poco se infiltraban en el espíritu de los chicos, notándose así en su trato con las niñas.

¡Qué agradables y simpáticos resultan siempre los niños corteses!

EN EL JARDÍN

En la casa de Carlitos hay un jardincito.

Tiene solamente cuatro canteros bordeados de césped. En el centro hay una sica.

Lo cuida su mamá; pero, especialmente, la hermana de Carlitos, a quien llaman "La Negrita".

Apenas ésta se levanta, corre a darle un vistazo, y cuando los rosales están florecidos, ¡con qué placer los contempla! ¡Cómo le gustan las flores!

Al atardecer riega las plantas, ¡y es de ver el empeño que pone en la tarea!

Destruye las orugas, remueve la tierra apeimada, arranca los yuyos, coloca tutores a los claveles y geranios para que las ramillas se mantengan derechas, crezca y luzca mejor la planta y dé flores más hermosas.

Otra tarea de su predilección es la de cortar las flores cuidadosamente.



Las pone en una canastilla, y en la mesa del comedor las va colocando en los floreros, cacharros y jarrones. A veces, con una vasija de lata, recubierta con papeles de color, simula un florero lindísimo. ¡Es de ver el gusto con que armoniza las flores teniendo en cuenta colores, forma y tamaño!

Después las distribuye por todas las habitaciones. Cuida de que nunca falten flores frescas en el comedor y en el escritorio.

Y la casa se embellece con el encanto de las flores; porque le dan un tono más delicado. A veces parece que las flores educaran los sentimientos. Una sola precaución conviene tener: no dejarlas por la noche en los dormitorios, pues vician el aire absorbiendo el oxígeno, tan necesario para purificar la sangre mediante la respiración.

Un jardín pequeño cuesta poco cuidarlo; mejor dicho, su atención es un entretenimiento agradable y apropiado para las niñas. Si no hubiera terreno para cultivarlo, en macetas o vasijas varias pueden tenerse numerosas plantas, que, distribuidas con acierto, adornarán el patio, la galería y los balcones.

Casa sin flores es como un hogar sin niños.

Y una niña ingeniosa y de buen gusto, con un poco de voluntad, puede hacer que en su hogar se respire un ambiente de belleza y de alegría.

¡Cuántas niñas podrían hacer lo mismo!



UNA HERMOSA POESIA

El padre de la "La Negrita" leía un libro de versos del poeta Fernández Moreno.

Entre otras, leyó una composición que pareció agradarle mucho, pues llamó a su hijita y le dijo:

— A ti, que te gustan las flores, han de agradarte mucho estos versos. Léelos.

La chica los repasó silenciosamente, y en seguida los leyó en alta voz con gracia expresiva.

Esta era la composición:

¡SETENTA BALCONES Y NINGUNA FLOR!

Setenta balcones hay en esta casa,
 Setenta balcones y ninguna flor...
 A sus habitantes, Señor, ¿qué les pasa?
 ¿Oodian el perfume, odian el color?

La piedra desnuda, de tristeza agobia.
 ¡Dan una tristeza los negros balcones!
 ¿No hay en esta casa una niña novia?
 ¿No hay algún poeta bobo de ilusiones?

¿Ninguno desea ver tras los cristales
 Una diminuta copia de jardín?
 ¿En la piedra blanca, trepar los rosales?
 ¿En los hierros negros, abrirse un jazmín?

Si no aman las plantas no amarán el ave,
 No sabrán de músicas, de rimas, de amor...
 Nunca se oirá un beso, jamás se oirá un clave.
¡Setenta balcones y ninguna flor!

—¡Qué hermoso, papá!— exclamó en cuanto los hubo leído. — Parece mentira que entre tantos balcones no hubiera unas macetas con algunas plantas. Tiene mucha razón el poeta. Pero — agregó, — ¿será cierto lo que el poeta dice? Pues yo te he oído decir: “¡Qué ocurrencias tienen los poetas!”...

—No, hija mía: esta poesía es la expresión de lo que vió y sintió el poeta.

Iba por el Paseo Colón y se detuvo ante un enorme edificio de varios pisos, en cuyos balcones no lucía ni la más común de las plantas de adorno: el geranio.

Contó los balcones... y eran setenta.

Y escribió la lindísima composición que tanto te ha gustado, y que has leído bastante bien.



LIMPIO EL LENGUAJE Y LIMPIA LA CONCIENCIA

La señora Directora visitaba con frecuencia los grados.

Los niños la veían entrar sin ningún temor, porque escuchaba atentamente la clase, y a veces preguntaba; pero corregía explicando con tan buenos modales que daba gusto estar con ella.

Un día se presentó en el aula de Carlitos, y, pocos minutos después de escuchar la clase y revisar los cuadernos de caligrafía, dijo:

—Estoy contenta. La señorita maestra me ha dado buenos informes de ustedes. Me dice que

sois limpios y cuidadosos. Y así es. Da gusto mirar estos cuadernos.

¡La limpieza es tan agradable!

La limpieza es salud; es también alegría y es encanto para la vista.

Nada más adorable que un niño limpio... Limpio en su cuerpo, en su ropa y en todas sus cosas.

Hizo una pausa y agregó:

— Y, además... limpio en su lenguaje y limpio en su conciencia.

Los niños la miraron, como diciéndole: *no entendemos*.

— Sí, niños: el lenguaje tiene también suciedades: son las palabras groseras, torpes y ofensivas. Palabras mugrientas que manchan los labios de quienes las dicen. Palabras que, desgraciadamente, se oyen con frecuencia en la calle, en los tranvías etc., y las gritan hombres sin delicadeza ni consideración para los demás.

¿Entienden, ahora, lo que quise decirles pidiéndoles que usaran un lenguaje limpio?

— Si, señora — contestaron los niños.

— Bien — continuó: — así como hay palabras malas, hay también *malas acciones*.

Nombren malas acciones:

— Mentir, pegar, matar pajaritos, destruir los nidos, desgajar las plantas, escribir o pintar en las paredes, desobedecer a los padres, burlarse de los demás — dijeron los alumnos.

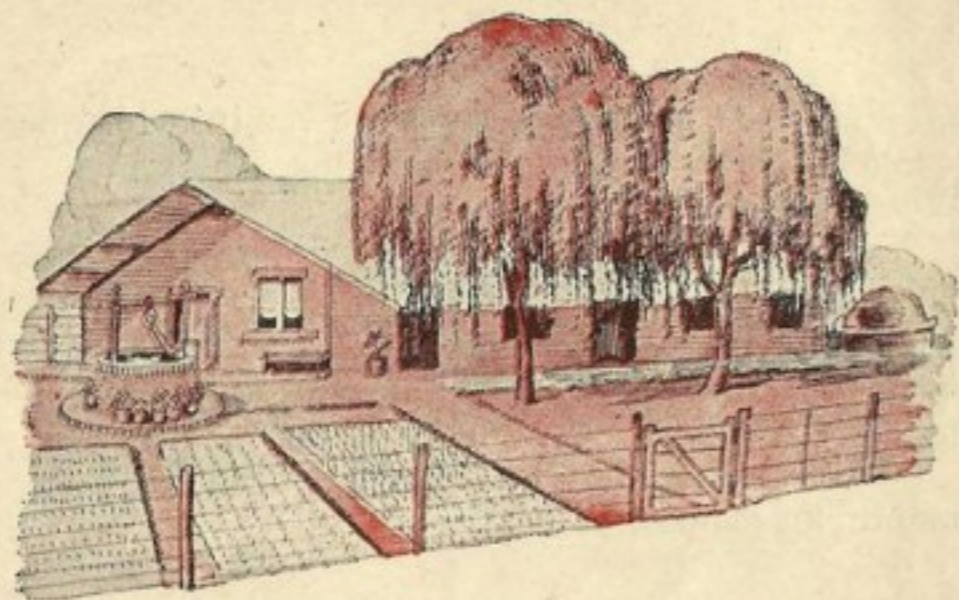
— Pues bien: *las malas acciones son groserías y torpezas que manchan la conciencia*, y quienes las hacen no tienen la tranquilidad de los que *pro-*

ceden bien. Y la conciencia es esa voz interior que cuando hacemos algo malo, nos dice secretamente: *Has hecho mal*.

Ya ven, pues, si conviene tener limpia la conciencia.

No lo olviden: limpio el cuerpo, limpia la ropa, limpios los útiles escolares, limpio el lenguaje, limpia la conciencia y... ¡hasta luego!

— Hasta luego, señora — contestaron cariñosamente los chicos.



EL PUESTO DE DON HERACLIO

I

La señorita maestra daba una clase sobre higiene de las habitaciones, y después de conversar con los chicos sobre los beneficios del aseo, el aire y la luz, agregó:

— ¡Qué diferencia ofrecen dos hogares, uno limpio y en el cual se nota la diligencia y laboriosidad de la familia, y el otro revelando abandono y haraganería!

Y, para que ustedes comparen, les voy a describir dos cuadros que vi en las vacaciones.

Los niños se prepararon para escuchar con atención.

La maestra prosiguió:

— Permanecí un mes en la estanzuela de una familia de mi relación.

Por la mañana, o bien al atardecer, salíamos a pasear por el campo y visitábamos a los puesteros.

Gente hospitalaria y amable la de la campaña, nos recibía muy bien.

A veces conversábamos sin descender del carruaje; pero también solíamos aceptar la invitación de esa buena gente y les hacíamos una verdadera visita.

Una tarde llegamos al puesto de don Heraclio, paisano simpático y bonachón. Su mujer se llamaba Clodomira.

Toda la familia, compuesta por dos niñas de 14 a 16 años y un varoncito menor, salió a recibirnos.

—Y, bájense, pues —dijo don Heraclio.— Los invitaremos con unos matecitos o unas copas de leche. —Como mejor gusten las niñas.— Y agregó: —Serán servidas modestamente, pero con buena voluntad.

—Así es —dijo doña Clodomira.— Y a la niña —agregó, dirigiéndose a mí— no le vendrá mal una buena copa de leche recién ordeñada. Parece que está un poco delgada; pero tiene buen color. Con el aire de campo se va a reponer.

Y era tan natural la amable sencillez de aquella simpática familia, que aceptamos la invitación.

Vivían en una modesta casa de tres habitaciones. A poca distancia, un terreno de pocas dimensiones cercado con alambre tejido.

Frente a la casa y en medio del patio bien barrido, dos frondosos sauces llorones. Al costado, una doble hilera de paraísos que aromaban el aire con el perfume de sus flores, y al fondo, un montecito.

II

Pasamos al comedor, que también servía de sala.

El piso, de ladrillo, pero bien barrido. Las paredes limpias. Algunas estampas y oleografías bien colocadas daban la impresión de que unas manos diligentes las habían distribuido con buen gusto; pero, lo que me agradó mucho fué ver en sitio preferente un retrato del general Belgrano.

Todas las estampas y figuras estaban puestas en cuadros ingleses, tan recomendables por su economía.

— ¿Quién ha hecho los cuadritos? — pregunté.

— Juanita — dijo doña Clodomira —. En cuanto cae en sus manos alguna figura que le gusta, ya está colocándola en un cuadro. Y lo mismo que aquí están las paredes de las otras dos piezas.

En medio de la mesa había un ramo de flores.

— ¡Qué preciosas! — dije, acercándome para aspirar su perfume.

— Son de la casa, pues — contestó don Heraclio.

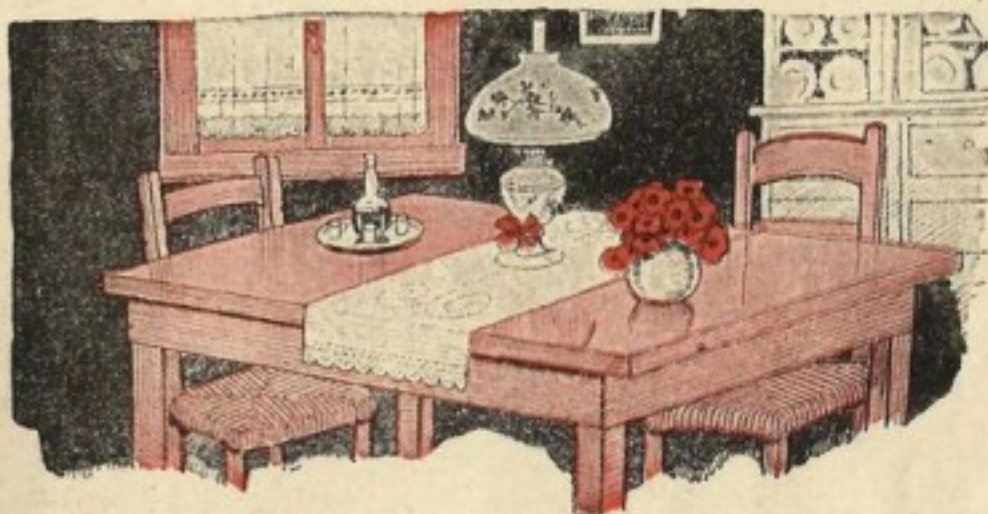
— Y sírvanse las que más le gusten. No tenemos jardín; pero en el terreno de la huerta, Luisa cuida unos rosales, geranios, azucenas, claveles, hasta un jazmín y otras plantas que yo no conozco.

Dicen las muchachas que las flores alegran la vista. Y así ha de ser. No se puede negar que son lindas. Y para mi gusto, ¡los claveles, niña! . . .

— A ver, Luisa, ¿por qué no vas hasta la huerta y cortás unas flores para las niñas? No porque ellas no tengan mejores; pero el obsequio de los pobres siempre es bien recibido por las personas buenas.

— Sí, tatita, ahorita no más iré — contestó Luisa un poco ruborizada.

— Y la patrona — siguió diciendo don Heraclio — atiende la huerta. Cuando tengo tiempo la ayudo; pero tiene un buen ayudante en su hijo Sandalio. El muchacho mueve la tierra, arranca los yuyos, acarrea el agua para el riego, y hace lo que un buen chico debe hacer en obsequio de su madre: *ayudarla siempre que pueda.*



Y gracias a esta pareja, guapa como pocos, nunca faltan en el puchero unas papitas, algunas zanahorias, y, sobre todo, unas buenas tajadas de zapallo bien sazonado. El zapallito de tronco, y el de angola, especialmente, cuando están a punto, ¡da gusto comerlos!

Y con el asado, pocas veces falta la ensalada de lechuga o de escarola.

¡Caramba! — exclamó entusiasmándose: — ¡ Parece mentira que en el campo y habiendo tanto terreno disponible, algunos puesteros coman un pu-

chero pelado, o tengan que pagar la verdura a peso de oro si quieren comerla!

Mientras hablaba el simpático criollo, yo observaba disimuladamente.

Los vidrios, limpios, tenían unas cortinas celestes con adornos sencillos y de buen gusto. Se notaba en todo, la mano diligente de la mujer hacendosa y de buen gusto.

Nos sirvieron leche en unos vasos bien limpios acompañados por unas servilletas hechas a mano, con toda prolijidad.

—Trabajos de Juanita, niña — dijo don Heraclio, viendo que yo miraba el deshilado. — Se esmera en tener las piezas como un chiche, y a todas horas está haciendo *firuletes* para adornarlas.

—Pero, tatita, ¡gran cosa! ¡Si estarán acostumbradas las niñas a ver cosas mejores y más lindas!

—No es eso — le dije, tomándola de la mano. — Lo que usted hace está muy bien hecho, y ojalá todas lo hicieran así.

Lo felicito, don Heraclio, y a usted, doña Clodomira, por sus chicas.

—Gracias, niñas; ellas se lo merecen.

Al poco rato nos despedimos de aquella buena gente, y... mañana les relataré la visita que hicimos a otro puesto.



EL PUESTO DE DON LISANDRO

(Narración de la maestra)

En otro de nuestros paseos llegamos hasta el puesto de don Lisandro.

Nos recibió una jauría de cuatro o cinco perros aturdiéndonos con sus furiosos ladridos.

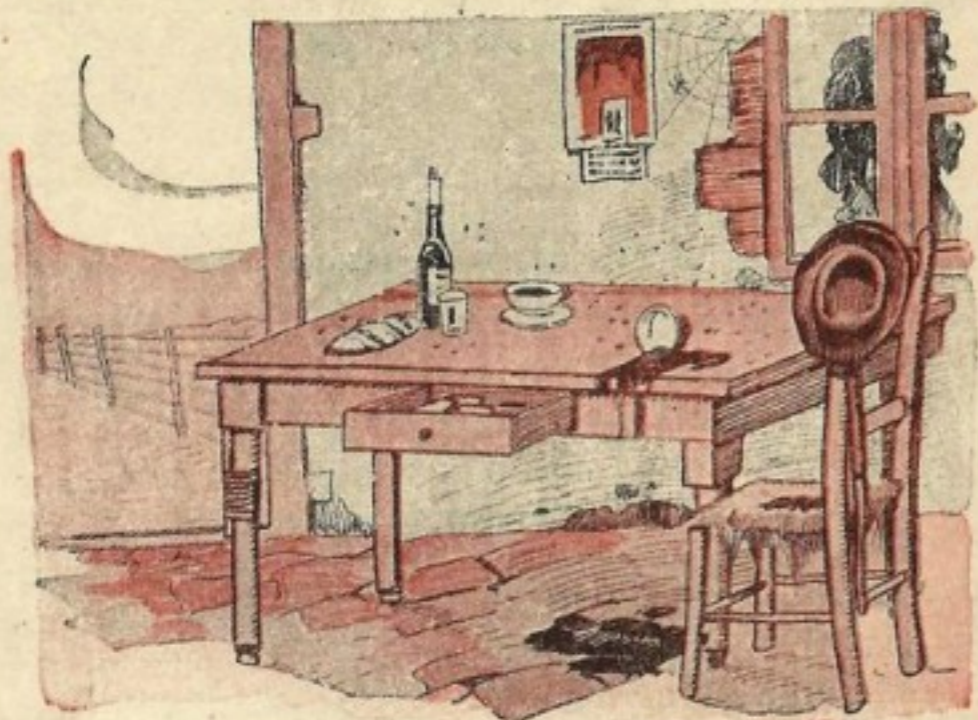
Poco después apareció el dueño de la casa, acompañado por dos varoncitos, bastante mal entrazados y con la cara sucia.

Fué una de gritos y *guascazos* con los perros para que cesaran de ladrar y nos dejaran en paz; pero, a pesar de los gritos: ¡Sultán, fuera! ¡Corré, muchacho, a Cascabel! Y vos, Braulio, ¿qué hacés con la boca abierta? ¡A ver si le das unos sogazos a Ventarrón para que se sosiegue!, tardó rato para que los perros nos dejaran en paz.

Don Lisandro, hospitalario como buen criollo, nos invitó a pasar *adentro*, pues la *patrona*, agregó, se alegraría de vernos.

Bajamos del coche y di un vistazo general a la casa.

Poco más o menos, era igual a la del puestero don Heraclio; pero sin más árboles que dos paraísos y un sauce a un costado, que se utilizaban como *palenque* para atar los caballos. Era aquel sitio un criadero de moscas.



No se veía un rosal, una enredadera ni un retacito de terreno cultivado.

Pensé que esa casa, sin reparo alguno, en invierno sería una heladera y en verano, un horno.

A pocos pasos de la puerta, un charco de agua enlodada servía de bañadero o estanque a unos cuantos patos, que, como los perros, nos saludaron estrepitosamente, entonando en coro un ¡cuá, cuá, cuá! infernal.

Las gallinas salían y entraban a las habitaciones. En la cocina cacareaban dos catalanas.

Con el ladrar de la perrada, el parpar de los patos y el cacarear de las gallinas teníamos el concierto más estrepitoso que pueda imaginarse.

La pieza comedor no invitaba a permanecer allí. La limpieza brillaba por su ausencia; los vidrios sin cortinas, bastante desaseados; las paredes con parchones sin revoques y con dos o tres oleografías torcidas daban una impresión desagradable.

Al poco rato se presentaron la *patrona* doña Mercedes, y sus hijas Celedonia y Herminia, no mal parecidas.

Después de los primeros cumplidos y de conversar un poco, sin aceptar *ningún matecito ni copa de leche* con el pretexto de haber tomado antes de salir, nos despedimos con una impresión bien distinta de la que recibimos en la visita al puesto de don Heraclio.

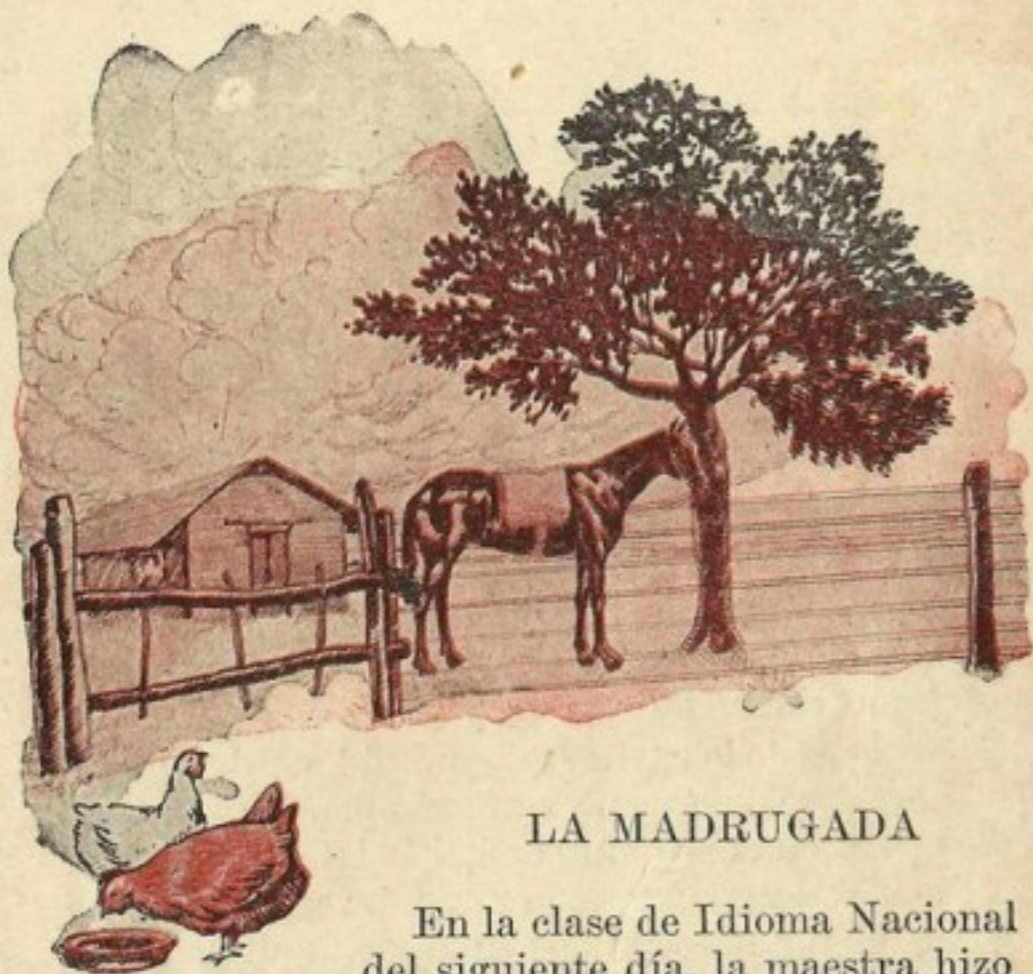
En el primero: sencillez, naturalidad, limpieza, trabajo, labores domésticas, adornos, huerta, árboles, flores y frutas: *reparo, sombra y belleza*.

Un hogar donde se pasaban las horas agradablemente en un medio atrayente y simpático.

En el segundo: *descuido, desorden y desaseo*. Nada que alegrara la casita; nada que invitara a permanecer en ella.

Un hogar feo y triste

¡Y que haya tantos hogares así, pudiendo transformárselos con un poco de buen gusto e inteligente actividad!



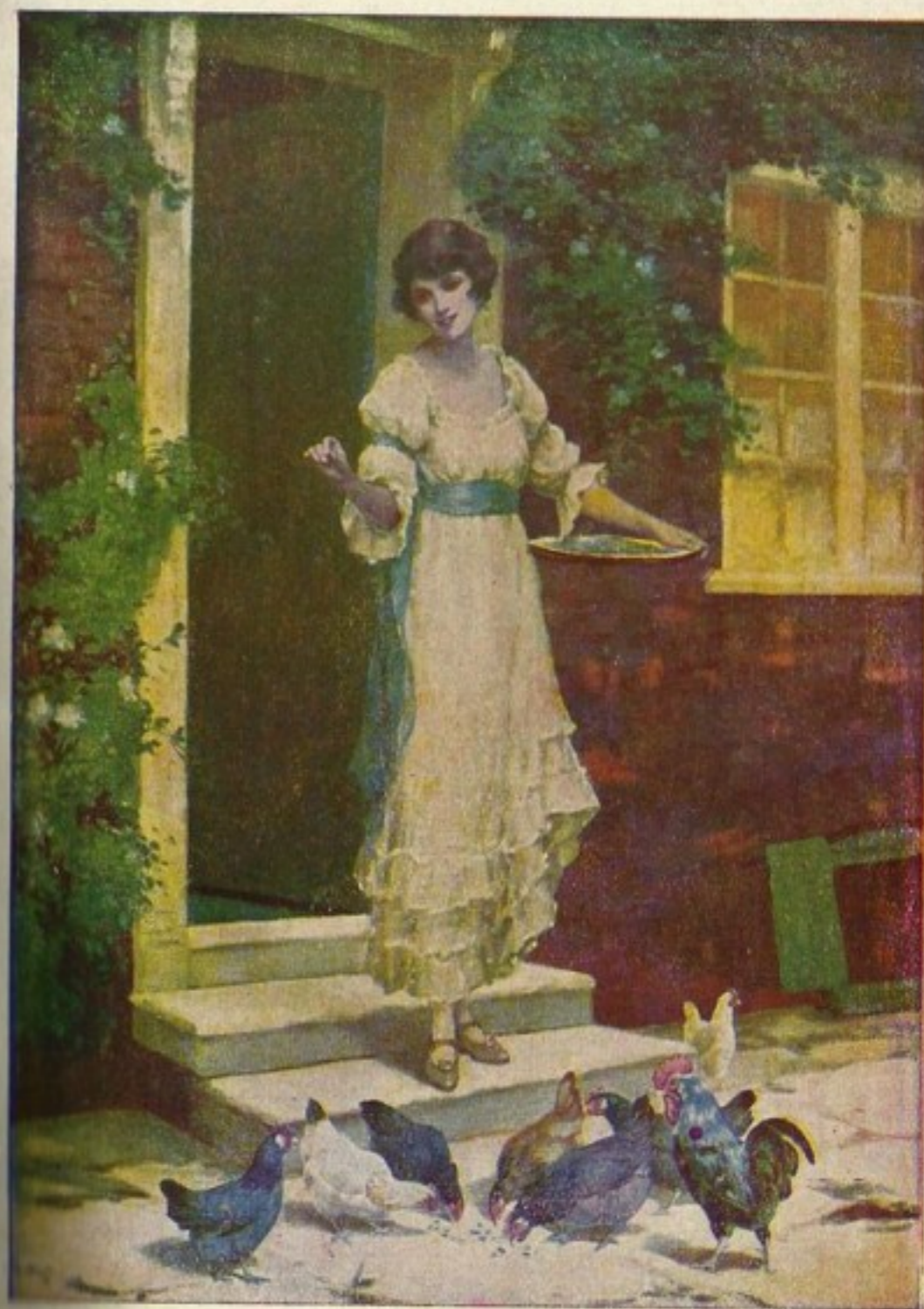
LA MADRUGADA

En la clase de Idioma Nacional del siguiente día, la maestra hizo algunas preguntas a los niños, sobre lo que pensaban de los dos *puestos* y de sus habitantes.

Satisfecha de las respuestas, les encomendó que con el título de "Los dos puestos" escribieran una composición y terminó diciendo:

— Ya que han *visitado*, escuchándome, dos puestos de la campaña, Carlitos, después de repasarla en voz baja, nos va a leer esta composición en verso, que describe muy bien la madrugada en el campo.

Es de un poema titulado "Santos Vega o Los Mellizos de la Flor", que está en la biblioteca de la escuela. Su lectura es muy entretenida. Conviene



LINDA Y HACENDOSA
(Para ver, conversar y escribir)

que la lean cuando cursen los grados superiores, pues se describe admirablemente la vida campera a fines del siglo XVIII y comienzos del XIX. Su autor es el poeta gauchesco Hilario Aseasubi.

Carlitos leyó:

LA MADRUGADA

Como no era dormilona,
antes del alba siguiente,
bien peinada y diligente
se hallaba Juana Petrona
cuando ya lucidamente

venía *clariando* el cielo
la luz de la madrugada,
y las gallinas, al vuelo,
se dejaban *cair* al suelo
de encima de la *ramada*.

Al tiempo que la naciente
rosada aurora del día
ansí que su luz subía
la noche oscura al poniente
tenebrosa descendía.

Y, como antorecha lejana
de brillante reverbero,
alumbrando el campo entero,
nacía con la mañana
brillantísimo lucero.

Ya también las golondrinas,
los cardenales y horneros,
calandrias y carpinteros,
cotorras y becacinás
y mil loros barranqueros,

los más alborotadores
de aquella inmensa bandada,
en la *espadaña* rociada
festejaban los albores
de la nueva madrugada.

Y cantando sin cesar
todo el *pago* alborotaban,
mientras los gansos nadaban
con su grupo singular
de gansitos que cargaban.

Flores de suave fragancia
toda la pampa brotaba,
al tiempo que coronaba
los montes, a la distancia,
un resplandor que encantaba

luz brillante que allí asoma
el sol antes de nacer;
y entonces da gozo ver
los gauchos sobre la loma
a *campiar* o recoger.

.....
Tal fué por *Samborombón*
la madrugada del día
en que el *Payador* debía
hacer la continuación
del cuento aquel que sabía.



CANTA LA BRISA Y CANTA EL AGUA

—Todo canta en la naturaleza— le dijo el padre a Carlitos una mañana que escuchaban embelesados los gorjeos de un canario.

Carlitos interrogó como solicitando una explicación, mirándole con sus ojazos expresivos:

—Y así es, hijo mío: la brisa agita suavemente las hojas de los árboles y susurra en el bosque con el mismo tono; pero en cada especie canta su canción particular.

Agita las hojas delgaditas y agudas de los sauzales y balancea las ramillas que, como largas cbelleras, cuelgan desde todas las ramas y un rumor suave y prolongado llena todo el ambiente.

Hace chocar las hojas lustrosas y verdinegras de los copudos ligustros, y suenan mil notas distintas: apagadas, prolongadas, secas, breves, claras, pero armonizando maravillosamente; en las grandes y lucientes hojas de las magnolias ensaya coros de voces con diferentes tonalidades y en las agujas de las casuarinas zumba y silba.

Pero las notas diversas que emiten las diferen-

tes especies de árboles parecen fundirse en un solo tono, como si el alma de la arboleda elevara su voz, anhelante de fundirse en el espacio.

II

El agua canta con diversas modulaciones.

En la lluvia fina, es nota apagada y suavísima que llena todos los ámbitos; en el aguacero torrencial, tiene vibraciones sonoras; cuando el viento la impele, tamborilea en los tejados y cristales estrepitosamente; murmura en las corrientes que se deslizan junto a la acera; zumba en las bocas de tormenta; brama en el torrente; ruge en los abismos y canta, ruge o brama eternamente en el oleaje de los mares.

III

Y, mirando a su hijo, agregó:

—¡Ojalá cantaran los niños cantos alegres, amables y cariñosos!

¡Ojalá cantaran los hombres, olvidando sus trabajos y contratiempos para hacer más amable la vida!

¡Y ojalá cantaran los niños con más frecuencia en las escuelas y esos cantares se entonaran con los juegos infantiles en las calles, en las plazas y en todo sitio donde hubiera un grupo de chicos!

El canto suaviza las costumbres, afina los sentimientos y alegra muchos momentos de la vida.



DON SANTIAGO

El padre de Carlitos y don Santiago eran amigos desde la infancia.

Habían cursado los seis grados en la misma escuela primaria, y esa amistad íntima y cordial que se estrecha muchas veces entre condiscípulos se mantenía inalterable al través de los años.

Hijo de un vecino de la hermosa ciudad de Chascomús, que empleaba sus actividades en la compra y venta de haciendas, cursó, además, los tres primeros años del Colegio Nacional; pero, convencido su padre, al observar las inclinaciones de su hijo, de que su porvenir habría de conquistarse en la campaña, lo retiró del colegio, “porque, decía, ya tiene la instrucción suficiente y le conviene practicar la vida de los negocios y del trabajo. Además, agregaba, no todos deben ser doctores o empleados del gobierno.”

Y así, junto a su padre, o bajo su dirección, el joven Santiago trabajó como un hombre. Más de una vez el sudor bañó su rostro, las manos encalle-

cieron y el sol y los vientos broncearon su tez; pero se convirtió en un hombre sano, fuerte y laborioso, que miraba de frente el porvenir con la confianza del que se siente capaz de bastarse a sí mismo.

Joven aun, formó su hogar casándose con una joven digna de él; es decir: inteligente, hacendosa, honesta y buena.

Cuando falleció su padre, se encontró dueño de más de cien hectáreas de campo; pero, en vez de arrendarlas para vivir de su renta, ayudándose con algún empleo, resolvió habitarlo y trabajar por su cuenta.

Y así se estableció con un tambo, mediante un reducido plantel de vacas lecheras que compró con sus ahorros.

Pero don Santiago, como le llamaban los vecinos, no se conformaba con el trabajo de los peones únicamente. También él trabajaba a la par del mejor. Lo vigilaba todo, y, con su inteligencia, cultivada por una regular instrucción que mantenía despierta con la lectura de obras que se relacionaban con sus trabajos, y la atenta observación de los fenómenos de la naturaleza, fué progresando poco a poco.

Las vacas aumentaron; introdujo mejoras en su tambo hasta darle el aspecto de una estanzuela, y rodeó su hogar de mayores comodidades.

No era su tambo el rancho con techo de paja o cine aislado de la llanura, sin árboles ni sembrado, tan común en nuestra campaña.

Ya veremos cómo era el tambo de don Santiago.



EL TAMBO

Era tambo, pero con algo de granja o estanzuela, como se ha dicho.

La parcela de una hectárea tenía en su centro la casa de familia.

El terreno estaba bien cercado con un buen alambrado, cuya tranquera, situada cincuenta metros al frente de la casa, se abría sobre un callejón que llegaba hasta el patio flanqueado por doble hilera de airosos álamos, y a cuyo extremo dos limoneros ponían la fragancia de sus azahares o los dorados óvalos de sus frutos tan necesarios en los hogares.

A corta distancia de la puerta, pero en sentido diagonal, para dejar despejado el frente de la casa orientado hacia el N. E., dos macizos de árboles forestales: sauces, acacias, aromos, plátanos,

ligustros y paraísos ponían su nota de belleza en la variedad de sus copas y matices, desde el verde claro del sauce al verdinegro de los ligustros.

En los costados sur y oeste del alambrado se alineaban dos hileras de enhiestos álamos para que sirvieran de reparo contra los vientos fríos y temporales comunes en invierno.

A la izquierda de la entrada, un jardín con pocos canteros, pero no escaso de rosales, jazmines, geranios, crisantemos, dalias y violetas, y a continuación, prolongándose hasta el fondo, un montecito de árboles frutales de variadas especies: durazneros, damascos, nísperos, ciruelos, cerezos y dos higueras.

Al otro costado, la huerta bien cultivada con hortalizas de todas las estaciones, y al fondo el gallinero, higiénico y bien aireado, con separaciones para las cluecas y pollitos. Una puerta de salida al fondo lo ponía en comunicación con el exterior, o sea la zona de los corrales, del campo y tablones de sembrados.

Un apiario, en cuatro cajones, completaba estas instalaciones.

Fuera del cercado, pieza, cocina y baño para los peones; el molino, con su represa circular y la cañería para distribuir el agua por toda la casa, la huerta y el jardín; más distantes, los corrales y cobertizos para las vacas y terneros, y más separados aún el chiquero para el engorde de cerdos destinados al consumo; un estanque para criadero de patos circundado de sauces y otros árboles distribuidos con acierto.

II

Tres o cuatro hectáreas se destinaban para alfalfa, cultivo de maíz y avena.

Se tenía así el alimento necesario para las aves y los cerdos y provisión de forraje para cuando la hierba escaseara en el campo.

Las hectáreas restantes, divididas en tres cuadros, se destinaban a las vacas, el terneraje, los caballos, novillitos y una punta de ovejas.

Don Santiago, siempre que llegaba hasta la ciudad de La Plata, visitaba a su amigo de la infancia don Carlos; y éste a su vez, le retribuía sus visitas permaneciendo algunos días en su tambo, siempre que sus ocupaciones le permitían ausentarse.

Y a pedido especial de su amigo y la señora mandó a Carlitos por un mes para que se solazara a su gusto, con la seguridad de que no le vendrían mal unos madrugones con baños de sol, cariños de las brisas camperas o fustazos del pampero.

Y así llegó *el amigo Carlitos*, como le llamaba don Santiago, al seno de aquella familia amable y buena, que le recibió como a un hijo largo tiempo ausente.



MAÑANA CAMPESINA

El sol empezaba a elevarse en el horizonte. Su luz se difundía por el espacio. La mañana clara y agradablemente fresca se presentaba como la promesa de un hermoso día.

La hierba ofrecía en el extremo de las ramillas y en las hojuelas de los trebolares gotitas de rocío que presentaban los colores del arco iris al recibir los rayos de la luz solar.

Un vientecito suave comenzaba a soplar del este, y blancas nubes, disolviéndose en mil jirones hasta esfumarse por completo, semejaban vellones o copos de algodón flotando en el espacio.

La naturaleza había despertado ya de su sueño nocturno.

Los pájaros, con sus cantos y vuelos, ponían su nota de movimiento, de bullicio y de alegría.

Las mariposas y las abejas revoloteaban entre las plantas en busca de flores para libar el néctar.

Las ovejas balaban en el corral pidiendo libertad para gozar el regalo de la hierba fresca y húmeda, y los corderitos, meneando la cola y puestos de rodillas, solicitaban de la ubre materna el blanco licor para nutrirse.

Las vacas, ordeñadas ya, salían del corral pausadamente acompañadas del terneraje retozón, lanzando prolongados mugidos, a pacer la hierba en el cuadro pastoso que estaba reservado especialmente para las lecheras.

Juan, el hijo del tambero, desató el petizo que estaba en el palenque, le echó medio bozal, y, ágilmente, de un salto, se le afianzó en el lomo sobre un cuero lanudo, echó el busto hacia adelante, le hincó los talones, y el petizo partió a todo galope hacia la tropilla que reposaba a ocho o diez cuerdas de allí.

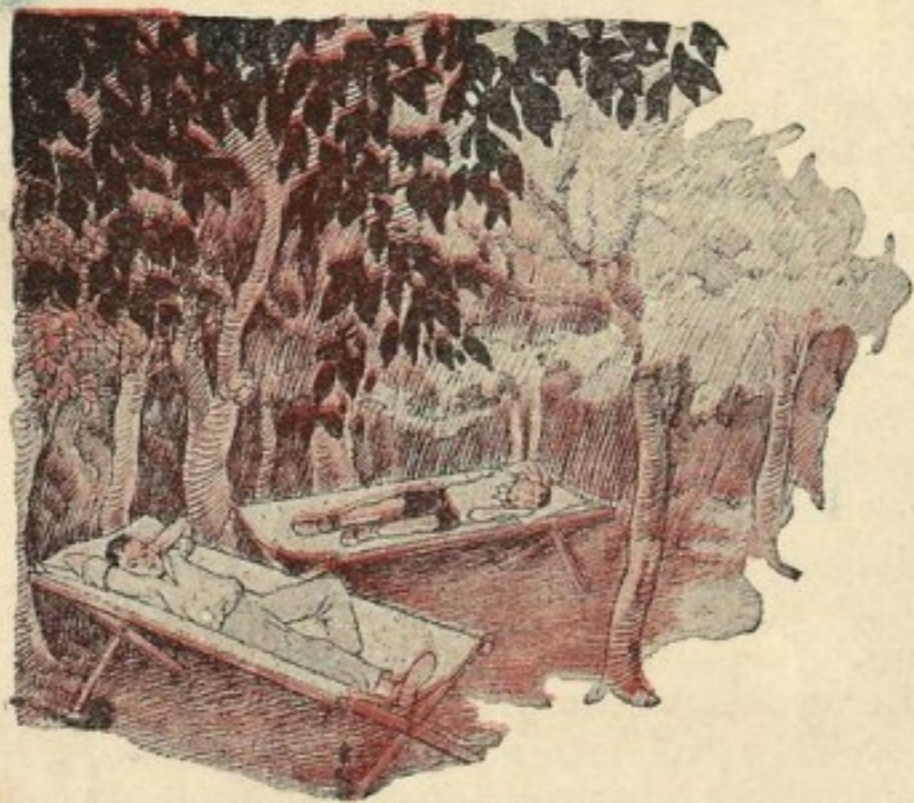
A su paso alzaron el vuelo estrepitoso algunas perdices; y unos teros, revoloteando, aturdiendo con sus *teru, teru* y amagándole picotazos, persiguieron al muchacho durante un largo trecho.

Hábilmente rodeó a la tropilla, gritó “;Zaino. Bayo. Malacara!”, hendió el aire con agudos silbidos, y, a todo correr, dirigió la caballada hacia el corral.

Don Santiago, así se llamaba el tambero, y Juan aseguraron tres de los caballos, rápidamente les pusieron los arneses, los prendieron al carro, se colocó el padre en el pescante, empuñó las riendas, y, después de darle unas chupadas al mate que le alcanzó su mujer, arrancó al trote largo

rumbo hacia la fábrica, donde hizo entrega de los treinta tarros de leche que en breve habían de transformarse en suero, crema y manteca.

Y así fué la mañana del cinco de diciembre en el tambo del amigo don Santiago, y en el cual Carlitos pasaría unos días de vacaciones.



UNA TARDE CALUROSA

Después de almorzar, dijo don Santiago:

— ¡Cómo aprieta el calor! Cuando volvía de la fábrica creí que me iba a derretir. Los pobres caballos han sudado la gota gorda.

Y agregó: La tarde va poniéndose *muy pesada*. La chicharra — y señaló un ligustro — parece muy contenta. Oigan cómo suena. Varias veces me he acercado en puntas de pies para verla, pero se calla, y no me ha sido posible descubrirla.

Creo que lo mejor será *echar una siesta*. Debajo de aquellos paraísos y ligustros se está bien. Tienen una copa tan frondosa que no entra un rayo de sol, y corre siempre un poco de aire.

¿Qué le parece, amigo Carlitos, si se lleva por

allá su catrecito y se recuesta hasta que pase la *resolana*?

— ¡Cómo no! — contestó el chico. — Pero yo no dormiré, porque anoche me acosté temprano y he dormido muy bien.

— No importa, amiguito; hay que acortar la tarde recostándose un rato.

Y se tendieron en sendos catres a la sombra de la arboleda.

Don Santiago, al poco rato, se durmió; pero, con sus ronquidos le hacía la competencia a un toro que bramaba a corta distancia, mientras escarbaba echándose tierra sobre el lomo para librarse de las picaduras de las moscas bravas.

Carlitos, tendido boca arriba, miraba atentamente el follaje para descubrir el escondite de la chicharra.

Se volvió de costado y miró hacia el campo.

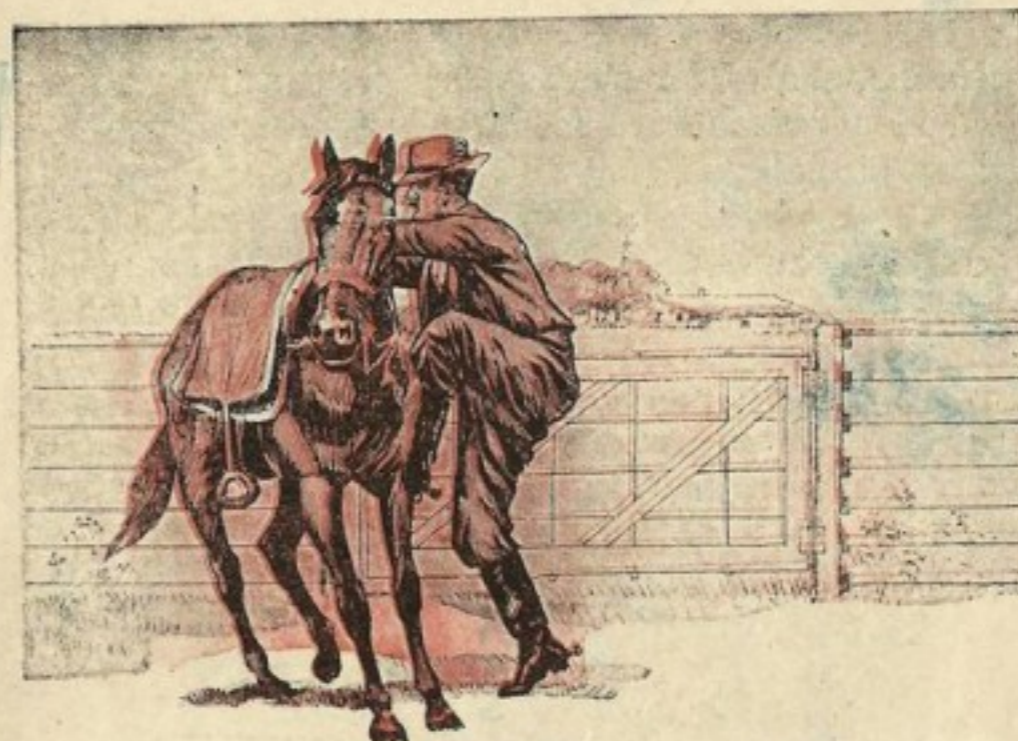
La luz clara y radiante lo deslumbró. Ondas de calor parecían flotar a la distancia y espejeaban en el horizonte.

Un benteveo lanzó su grito peculiar desde un palo de la tranquera. Dos teros pasaron volando. Un hornero cantó desde la cornisa del galpón, y, oculta en un sauce, la torcaz arrullaba como en un arrullo de somnolencia; en un charco próximo unos cuantos patos nadaban y se sumergían dando aleteos de placer; unas cuantas gallinas, con el pico y las alas semiabiertas se agrupaban a la sombra de unos arbustos, y el bochorno de la siesta parecía envolver en un ambiente de pereza a todos los seres de aquel lugar.

Carlitos se puso a escuchar el arrullo de la torcaz... y se quedó dormido.

.....
—¡Hola, amigo! ¡Y aseguraba que no se dormiría! — exclamó don Santiago, gozando con la sorpresa del chico.

Y así fué la tarde calurosa de aquel día en el tambo de don Santiago, y que Carlitos recordó siempre porque fué la primera siesta que durmió en un catre, bajo la sombra de los árboles, adormecido por el arrullo de las palomas y el bramar de un toro.



UNA TARDE DE LABOR

Pasó la resolana y el bochorno de la tarde calurosa.

Un vientecito agradable sopló del sur y la frescura del ambiente contribuyó a la animación de todo el lugar.

Las gallinas abandonaron la sombra de los arbustos, y, por la puerta del fondo, se desparramaron en procura de alimento; las vacas, en el pastizal, se atracaban de hierba como si apresuraran la comida ante la proximidad de volver al corral y las copas de los árboles se despoblaron de sus bulliciosos habitantes.

Bandadas de jilgueros y mixtos, parejas de palomas, vocingleras urracas y otras aves de tamaño menor tendieron el vuelo para diseminarse entre la

hierba, el alfalfar o el rastrojo y llevar su ataque diario y benefactor a las larvas e insectos que pueblan los campos.

Varios teros que pasaron revoloteando obsequiaron con sus coros discordantes y alegres para alejarse sin dejar de gritar sus *¡teru, teru, teru!*



Don Santiago, la patrona, sus hijos Luisa y Juan y Carlitos, formaron grupo bajo la sombra que proyectaba un macizo de árboles, y, al regalo de la fresca brisa, conversaron un rato, mientras el mate, muy bien cebado por Luisa, pasaba de mano en mano.

Poco después bebieron sendos vasos de leche fres-

quita y cada cual se dirigió a cumplir sus tareas diarias.

Juan y un peón se dedicaron a separar los terneros de las madres y llevarlos a otro cuadro.

Don Santiago, con otro peón, fueron hasta el alfalfar para continuar el corte, mover el pasto segado por la mañana para orearlo bien y emparvarlo antes de que lloviera.

Doña Carola fué hasta el gallinero, lanzó un estridente "prrrree... prrrree...", que en un instante congregó a todas las aves, les arrojó su ración de maíz y regresó con un alto de ropa ya lavada. A la sombra, se dispuso a repasarla cosiendo y remendando.

Luisa y Carlitos regaron el jardín y algunos almacigos. Terminada esta tarea, la hacendosa chica alisó la ropa ya revisada por su mamá.

Todo era actividad en el tambo que don Santiago atendía con perseverancia e inteligencia.

Su familia cooperaba de distintas maneras, y la prosperidad era la justa compensación que esa buena gente recibía.

— Siempre he mirado con simpatía — decía su padre a Carlitos, cuando regresó — a la gente que en la campaña contribuye con su trabajo al bienestar general y al progreso de la patria.

Sin esa labor fatigosa y tesonera que se realiza en la campaña, el país permanecería en la pobreza, las obras públicas serían imposibles y no tendríamos, como tenemos, grandes ciudades y poblaciones prósperas como Buenos Aires, Rosario, Tucumán, La Plata, Bahía Blanca, Mendoza, Córdoba, Tres Arroyos, Concordia, Tandil, Azul y cien más.



EL CREPUSCULO

El sol llegaba ya a la linde del horizonte. Su disco de gran tamaño, empezaba a ocultarse lentamente. Una lumbrarada roja teñía el cielo hacia el ocaso, diluyéndose en matices suaves hasta confundirse con el azul pálido del firmamento.

Rápidamente se estrechó la zona coloreada hasta circuir, como una corona radiante, el disco oculto ya hasta la mitad, y la claridad de la tarde perdió su diafanidad luminosa; sin embargo, el cielo se mantuvo claro, y unos nubarrones que recibían aún directamente los rayos del disco solar oculto

ya, se iluminaron en su borde superior con tonos rojos y violetas.

Un instante más, y las primeras sombras, tenues aún del crepúsculo, se difundieron velando a todos los seres y cosas de la naturaleza en una bruma indecisa.

El ambiente predisponía al recogimiento, a la meditación y al silencio.

Sin quererlo, el espíritu parecía entristecerse como si las sombras impregnaran el alma, velando también su claridad, que en la vigilia se traduce en actividades, cantos, conversaciones y alegrías.

Carlitos no decía una palabra. Arrellanado en un sillón, entornaba los ojos y escuchaba atentamente los rumores que se oían hacia todos los rumbos tan diferentes a los que escuchó por la mañana y la tarde.

Los grillos empezaban a chirriar, y poco a poco llenaban el ambiente con sus *criiii, criiii* peculiares.

Las aves tornaban a sus guaridas nocturnas a pares, en grupos o bandadas y vuelo silencioso; pero, una vez posadas en la fronda del ramaje, se oía el *chichiar* de los pajaritos que bulliciosamente buscaban acomodo hasta que, poco a poco se quedaban calladitos.

El berrear de los terneros; los mugidos de las vacas; el balido de las ovejas, y el *beeee* cariñoso y trémulo de los corderitos infundían cierta melancolía tan comunicativa que nadie sentía deseos de hablar en alta voz o de gritar. Los seres humanos también se ponían a tono con la naturaleza.

La suave penumbra fué poniéndose más densa velando los contornos de los seres y las cosas hasta que envolvió con su manto obscuro toda la naturaleza.

Reinó el silencio, y la creación durmió su sueño reparador para despertar con la nueva alborada y renovar sus múltiples actividades.

Solamente el astro rey no reposaba. Sus rayos luminosos llevarían la claridad y el calor a otras comarcas, cuyos pueblos comenzarían sus actividades, cual si cumpliera una ley eterna e inmutable.



LA NOCHE

I

En torno de la mesa del comedor, tomó colocación la familia para reparar energías.

La sopa humeante y sabrosamente condimentada hecha con verduras del huerto casero, se ofrecía generosa al apetito de los comensales; poco después el asado jugoso y *a punto* — el buen plato criollo sano y nutritivo, — bien acompañado por una ensalada de lechuga arrepollada con rajadas de tomates tempraneros, se brindó también con su aroma incitante y su exquisito sabor.

Como postre, queso de fabricación casera y rojas cerezas que Luisita y Carlitos recogieron del montecito de árboles frutales. Para apagar la sed, agua fresca y clara del molino.

La familia comió en paz, con excelente apetito, tal cual correspondía a gente madrugadora y laboriosa.

Otro excelente *condimento* que acompañó a los pocos pero nutritivos platos de la cena, estimulante maravilloso para favorecer la digestión, pero que no se despacha en las farmacias ni lo recetan los médicos, fué el buen humor y la conversación.

Don Santiago relató algunas incidencias propias de las faenas camperas e hizo comentarios sobre el tiempo y las favorables perspectivas para los campos y sembrados.

• Todos participaron de la conversación.

Cada uno tenía algo interesante que decir, pues los amos de la casa, en vez de reprimir, estimulaban la charla familiar con reflexiones juiciosas y comentarios oportunos.

Y hasta a Carlitos, algo cohibido por ser el primer día de su estada con aquella amable familia, se le desató la lengua, y preguntó muchas cosas sobre todo lo que había visto durante el día.

¡Dichosa familia que vivía entregada a sus labores en un ambiente de pureza apropiado para el desarrollo de los sentimientos buenos que ennoblecen la vida!

Después de una corta sobremesa — y antes de retirarse para reposar con el sueño reparador, — toda la familia se sentó en el patio para gozar de la belleza de la noche.

II

La noche, una noche hermosísima de Diciembre, invitaba a permanecer largo rato gozando al suave vaivén de los sillones de mimbre, con las miradas hacia el espacio escuchando los rumores que se

oyen clarísimos en la calma de las noches serenas.

Carlitos, junto a Luisa y Juan, conversaba en voz baja, atento, sin embargo, a todo lo que le rodeaba.



Unos puntos luminosos y movibles que se apagaban y volvían a brillar como chispas a poca altura del suelo, delataron a miriadas de *linternas*, tan comunes en las noches veraniegas. Carlitos nunca las había observado como hasta esa noche.

Siguió el curso de la *Vía Láctea*, miró la *Cruz del Sud*, recordó la poesía de Rafael Obligado

“La luz mala”, y mentalmente, dijo:

La Cruz del Sud, suspendida
sobre los campos desiertos,
tiende los brazos abiertos
hacia la tierra dormida.
Y en la sombra sumergida
aquella inmensa región,
llena de mística unción,
por el trébol perfumada,
está a sus plantas postrada
como en perpetua oración.

Vió estrellas de reflejos diamantinos con luz fija o titilante, o agrupadas en montoncitos minúsculos, esparcidas a manera de signos o figuras. Otras más grandes, de tono amarillento, y se dijo: “Deben ser los planetas”. Y, por fin, algunas que se destacaban por su tamaño y nítida luz, cual si fueran diamantes fijos en la bóveda celeste.

La luna, oculta, por un rato entre un nublado, asomó la orilla de su disco. La nube empezó a desgarrarse en jirones hasta esfumarse del todo, y el cielo azul lució su magnífica comba estrellada.

La *blanca mensajera*, como la llaman los poetas, se paseó por el espacio infinito, derramando su luz plateada y embelleciendo la noche.

Unos teros alertearon a lo lejos; una lechuza cruzó en vuelo silencioso, y, distante ya, lanzó su *chis chiis* inconfundible; el sordo galopar de un caballo con su *cachaca-cachaca* peculiar se sintió por un rato hasta apagarse en la lejanía, y por el

callejón distante una luz avanzaba ocultándose y volviendo a aparecer, mientras el trepidar del motor indicaba el paso de un automóvil.

Hubo después un instante de calma y silencio completo.

La conversación fué languideciendo; un agradable sopor entornaba los párpados y el cuerpo reclamaba reposo.

Comprendiéndolo así, don Santiago dijo:

— Son las diez, y, como mañana habrá que madrugar también, podríamos retirarnos a dormir.

— Me parece bien — asintió doña Carola.

Y la familia, trasladando cada cual su sillón a la galería, se dirigió a sus respectivos dormitorios.

.....

La luna velaba, con su luz clara y tenue, la belleza de la noche.



He aquí la composición que declamó Carlitos, y que don Santiago celebró mucho:

EL CHINGOLO

Por Leopoldo Lugones

Cuando el campo está más solo
y la casa en paz, abierta,
aparece por la puerta,
muy si señor, el chingolo.

Viene en busca de una miga
o una paja de la escoba,
que, ciertamente, no roba,
porque la gente es su amiga

Salta, confiado, al umbral,
y solicita permiso,
con un gritito conciso
como pizca de cristal.

Otro salto, y ya está dentro,
y en el haz de luz avanza,
pues no excluye su confianza
la idea de un mal encuentro.

Su ropita pastoril
la agracia lindo copeté
(Si el cardenal es cadete
él es conscripto gentil).

Capa gris con caperuza;
camisa y corbata blancas:
chaleco café, que, en francas
negligencias se descruza.

En la honda siesta de llama
o en el crepúsculo frío,
su curí... curí qui quío...
alegra la áspera rama.

O en el patio de la escuela
con saltito impertinente
parece que eternamente
va jugando a la rayuela.

Chingolito de mi vida
que fuiste mi compañero
en el tiempo placentero
de la inocencia florida.

Yo sufro mucho de amor,
y, cuando estoy triste y solo,
quisiera oír al chingolo
para calmar mi dolor.

(De *El libro de los Paisajes*)

ALGUNAS COSAS QUE APRENDIO CARLITOS

I

Un mes de permanencia en el campo, levantándose temprano, correteando entre la arboleda, acompañando a Luis, jinete en un manso petizo, en el aparte del terneraje y arreo de caballos y ovejas; ayudando a Luisa en el riego del jardín y



recibiendo sin temores los rayos del sol y los aletazos del viento, se sintió más fuerte, con bríos para toda ejercitación física que importara corridas, saltos, juegos y cantos.

Se le abrió el apetito, y, fuera de las comidas, siempre estaba dispuesto a beber un vaso de leche o comer alguna cosa.

Cuando regresó a su casa, *bien quemadito, pero con dos kilos más de peso*, llevaba una visión clara de muchos fenómenos de la naturaleza, de las cosas, de



los seres, y de la vida de la campaña.

Su contacto diario con la naturaleza junto a personas inteligentes y buenas, le enseñó a mirar con afecto a los animales domésticos, útiles, mansos y casi afectivos con quienes no los maltratan.

Aprendió los nombres de casi todas las aves que poblaban el monte, la laguna y el campo de pastoreo y conoció muchas de sus costumbres.

Aleccionado por Juan, maestro en todas esas cosas, sabía cómo anidaban las gallaretas, los teros, los chimangos, las cachirlas, las perdices y las lechuzas, admirando la habilidad de su compañero para dar con las nidadas o los pichones de

los teros, tan difíciles de distinguir cuando se ocultan, bien pegaditos contra el suelo. Pero conviene agregar que respetaba esos nidos, porque don Santiago así se lo había hecho entender.

Llegó a distinguir los arbustos y hierbas,



agrupándolos en útiles y perjudiciales, y anotó los nombres en un cuaderno para no olvidarlos.

Y así consignó en una página: "Cicuta, abrojo grande, cepa de caballo, chamico, romerillo y quiebraarado, duraznillo blanco y colorado, quinoa, yuyo colorado, flechilla, zuma, espina colorada, biznaga, chinchilla, paja brava, cardo de costilla, cardo ruso y manzanilla, muy perjudiciales.

Y entre las especies útiles: gramilla, trébol, lechiguana, gramilla de cuaresma, alfilerillo, cebadilla, flor morada, lengua de vaca, cardo asnal y mastuerzo.

Y no fué poca su alegría cuando, en sus excursiones de los primeros días, divisaba retazos de campo con manchones coloreados, pues el campo también se viste de gala en los últimos meses del año.

Y admiró esas florecillas, y los tubérculos, que comió para probarlos, de los macachines amarillos; chupó el jugo agridulce del pedúnculo de otra florecita colorada semejante al macachín, y, en competencia con las abejas, chupó también el juguito dulce de la flor morada; sorprendióse ante las margaritas blancas y coloradas; las flores erguidas en largos pedúnculos de los cardales le interesaron; la florecita blanca de la espina colorada y sus rojas bayas como guindas, llamadas *revienta caballos*, como asimismo los fragantes meloncitos de olor, motivaron un sinnúmero de preguntas, que Juan o don Santiago contesta-



ban siempre para satisfacer tan inteligente curiosidad.

Y asimismo aprendió a conocer todos los árboles del monte, las hortalizas y los instrumentos agrícolas.

II

El rocío, la niebla y el relente o sereno; la brillazón de la siesta; el halo lunar, los nubarrones imponentes, pero de *pura parada*, como decía don Santiago; los nublados, de lluvia casi segura; los llamados *relámpagos de calor*, que encendían a intervalos el horizonte suroeste en lumbraradas imponentes; el viento del río, del sur clavado, el del norte, bochornoso y sofocante, y el violento pampero que refresca el ambiente invitando al movimiento, fueron fenómenos que observó con inteligente atención.

En el campo distinguió la laguna, el cañadón y el bañado; los albardones y los bajos; los senderos

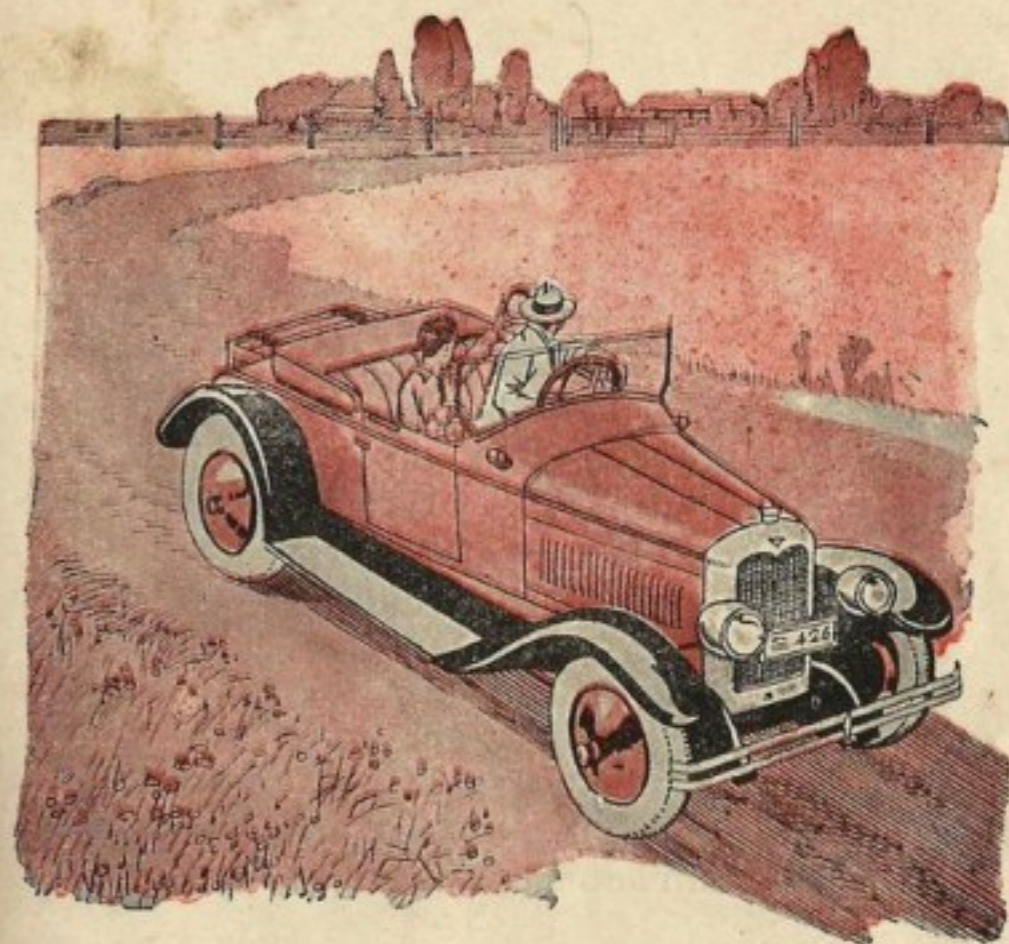
formados por el paso frecuente de las vacas y ovejas; los retazos de tierra negra o fértil solamente por las hierbas predominantes: trébol, cardo asnal, malva, verdolaga, gramilla, etc., y las arcillosas, calcáreas o de inferior calidad por su vegetación característica: alfilerillo, zuma, etc.

Conoció varios tipos o razas de vacas lecheras con sus cualidades características: las Durham, coloradas de miembros cortos y carne abundante; las overo negras holandesas y las flamencas, de miembros largos y delgados, pero de leche abundante; como también las Poll Angus, negras retintas y mochas.

Y se empeñó en nombrar a los caballos por sus respectivos colores, como se les llama en la campaña, y sin equivocarse llegó a distinguir los zainos, bayos, cebrunos, malacaras, gateados, picazos, pangarés, overos, tordillos, rabicanos, lobunos y tobianos.

Pero las cosas del cielo le interesaron también.

En las noches serenas y estrelladas, cuando, después de la comida, sentábanse en el patio y sus miradas se fijaban en la bóveda celeste, con la ayuda de don Santiago ubicó fácilmente, además de la *Cruz del Sud*, algunas de las estrellas que llamaron su atención, como también el montoncito luminoso llamado las *Siete Cabrillas* y las *Tres Marías*.



DE REGRESO

Pero cumplió el mes de su estada en el tambo; sus padres lo reclamaron, y como don Santiago tenía que ir a La Plata resolvió llevarlo consigo.

Se despidió de aquella buena gente dispuesto a volver en las vacaciones del año próximo.

Doña Carola lo abrazó diciéndole:

—Muchos recuerdos para tu mamita y besos a los chicos; y no olvides, Carlitos, que aquí todos te quieren y te volveremos a ver con mucho gusto,

Luisa lo besó, y, echándole los brazos al cuello, lo acompañó hasta el automóvil entregándole un ramo de flores para la mamá.

Con Juan se fundieron en un abrazo.

En el automóvil acomodaron un cajón con obsequios camperos para la familia de Carlitos: unas docenas de huevos, dos quesos mantecosos, un buen trozo de manteca, un tarro de miel y varias sartas de chorizos. En otro cajón, unos cuantos pollos grandes y carnudos.

Carlitos fluctuaba entre la alegría de volver a su casa y la pena de dejar aquel sitio alegre e interesante donde se le trataba con tanto cariño.

Emocionado, volvió a abrazarlos.

Arrancó el vehículo, y, hasta tanto se perdió en un recodo del camino, sus manecitas se agitaron sin cesar en un adiós prolongado y cariñoso.



EN SU CASA

En la estación lo esperaba su padre con su hermana "La Negrita".

En cuanto descendió del coche se colgó del cuello de su padre y así se mantuvo unos momentos. Con "La Negrita" hubo en seguida una de abrazos y besos, pues se querían muchísimo, y, además, las preguntas consiguientes sobre la mamita.

Santiago y Carlos se estrecharon cordialmente las manos, y, formando grupo con la *yunta de pichones* adelante y el changador que conducía los cajones, siguieron por el andén, se subieron en un automóvil y pocos minutos después llegaban a la casa.

Es inútil agregar que Carlitos y su mamá se fundieron en un abrazo. Esta lo encontró más repuesto, pero...

—¡Pobrecito!— exclamó— ¡Cómo está de quemado!

—Así es, señora — contestó don Santiago. — Pero si llega quince días más tarde, le hubiera traído *un pedazo de carbón*.

—Tanto mejor si está quemado — dijo Carlos. — La piel tersa, fina, pálida o rosa tenue, para las niñas a la moda de uñas lucientes, labios de grana y silueta grácil; *para los varones, la piel*



curtida, el rostro atezado, el cuerpo sano, vigoroso y la voluntad fuerte.

Mi amigo Santiago me trae *un varón*, y no una *mujercita de biscuit*; para eso se lo mandé. Y mucho se lo agradezco.

—Tienes razón, Carlos — asintió Laura. — Pienso como tú, y en el fondo estoy contenta de verlo así; pero, en el primer momento, al verlo tan negro... ¡me dió una pena!...

Carlos y Santiago se rieron.

Carlitos, con "La Negrita", habían desaparecido. Juntos recorrieron toda la casa y dieron un

vistazo a las plantas del jardín, al huertecito y al gallinero. ¡Le parecía que su ausencia había durado tanto!...

Después de los cariños y recuerdos consiguientes de doña Carola y los muchachos, Santiago relató la vida que hizo el chico en su tambo, elogiando su espíritu de adaptación, actividad y curiosidad inteligente.

— Ya verán — agregó — todo lo que ha aprendido. Les aseguro que Juan, a pesar de que lleva varios años de vida campera, no lo aventaja mucho. Creo que será *un hombre de provecho* y por ello los felicito.

Carlos quedó contento con tales noticias; pero su mujer, además de contenta, estaba orgullosa de su Carlitos. ¡Así quieren las madres!

Por la noche, mientras comían, Carlos *le buscó la lengua* haciendo algunas consideraciones sobre la vida de la campaña, y, verdaderamente, le sorprendió la cantidad de conocimientos que había asimilado en un mes de permanencia en el tambo de su amigo.

—Muy bien — le dijo. — Veo que sabes muchas cosas porque las has observado *viéndolas con tus propios ojos*.

Aquí tienes este libro que he comprado para ti a fin de que lo leas cuando sientas deseos de hacerlo, porque habrá de entretenerte y algunas cosas te hará pensar y sentir.

—Gracias, papá — dijo al tomar el libro. Y empezó a hojearlo.

SEGUNDA PARTE



EL LIBRO DE CARLITOS

¡PAJARITOS!

I

¡Pájaros, que, volando en bandadas rumorosas, ponéis vida, movimiento y alegría en el espacio!

¡Pájaros, que posados en las ramas, sois como las flores de las plantas; como flores que cantan, y pueblan con sus trinos el silencio que entristece!

¡Pájaros que llenáis de vida las frondas silenciosas cuando en vuestros nidos los polluelos gritan sus píos, al ver en el pico de las madremitas, incansables y amorosas, las larvas e insectos que serán su desayuno y comida!

¡Pájaros que anidáis en los aleros, poniendo en muchos hogares tristes la nota bulliciosa de vuestros gritos y gorjeos!

· Pájaros leves como una pluma, ligeros como saetas, pequeños y suaves como capullos de algodón, vistosos como flores, finos y graciosos; de picos romos o puntiagudos, de cabecitas empenachadas de copetes, de ojitos vivarachos y patitas nerviosas y delgadas como filamentos; pajaritos dotados de toda belleza.

.....
¡Pajaritos, pobres pajaritos, que en los días secos y calurosos no encontráis niños que hagan charquitos junto al pozo para apagar vuestra sed!

Pajaritos indefensos y lindos, que no encontráis niños que os defiendan del gato artero que atisba vuestros descuidos para daros su zarpazo mortal.

Pajaritos maravillosos que no encontráis niños que se queden extasiados ante el prodigio de vuestros nidos; la belleza de los minúsculos y pintados huevecitos, y en la tibieza del nido los pichones, que, como hermanitos buenos, esperan la hora del aleteo libertador.

Pajaritos queridos, que os persiguen brutalmente: los niños con sus hondas y pedradas, y los gandules con sus redes, trampas y armas mortíferas.

¡Pobres e inocentes pajaritos!

I I

¡*Calandria*, nerviosa, fina y parda calandria, que alegras mi casa con tu vuelo elegante y el delicioso gorjeo de tu maravillosa garganta!

Te contemplo extasiado cuando, en revuelos circulares y graciosos, o posada en la más alta ramilla de la casuarina que se eleva en medio del patio emites tus notas cristalinas, dulces y prolongadas.



Jilguero menudito y gracioso, de rápido aletear y vuelo ondulante, que anidas en la horqueta del rosal que trepa por el paredón del fondo, y me regalas día a día con el dulce obsequio de tus trinos delicados.

Ratona chiquitita como una bolita de plumas, inquieta y solitaria, de largo y agudísimo pico, que te acercas, saltas y . . . al más leve de mis movimien-

tos te asustas y huyes temblorosa y calladita a esconderte en la malla tupida y fina de la fragante retama.

Gorriones parlanchines, chismosos, camorrones, glotones y atrevidos como chicuelos mal criados, que llegáis en cuadrillas hasta el patio, saltáis hasta la mesa que junto a la cocina está en la galería, y, después de daros un hartazgo de migas, voláis rápidos hasta la cornisa desde donde, desvergon-



zadamente, volvéis a mirar chillando, como diciéndome: ¡*No te tenemos ni pizca de miedo!* ¡*Ya verás cómo volveremos!* ¡*Curí, cui, cui!*

Simpáticas *golondrinas*, anuncio de la primavera, de los días tibios y soleados, que con vuestro volar ligerísimo y elegante ponéis una interesante nota alada en el espacio; *golondrinas* que os eleváis en serenos vuelos circulares como aviones

microscópicos hasta casi tocar las nubes, y después de mil giros caprichosos descendéis como saetas volando al ras de la superficie de la laguna; golondrinas bulliciosas que os vais apenas llegan



los primeros días grises y destemplados para volver en cada primavera y alegrar el alero de mi casa.

III

Palomita torcaz, coquetona, dulce y suave palomita, que con tu infaltable compañero caminas balanceándote y hurgas entre la hierba la semilla o el grano nutritivo; te escondes durante el bochorno de la siesta entre las copas de los plátanos o ligustros y difundes, como una nota sedante, la suavidad amable de tu arrullo.

Chingolo, chingolito criollo de airoso copete, “caperuza gris, corbata blanca y chaleco café” (1)

(1) El chingolo — L. Lugones.

que vivías confiadamente en los aleros, llegabas hasta el patio dando saltitos, sin pedir permiso, como dueño de casa, *te colabas* hasta la cocina y alzabas el vuelo despidiéndote con un curí, qui, qui llevándote el almuerzo con *yapa* y todo... ¡Eras el regalón de los pajaritos!

¡Pobre chingolito criollo, casi desalojado de tu



tierra por el gorrión extranjero, egoísta, astuto y atrevido!

Palomas y pajaritos de mi provincia, ¡cuánto os quiero!

Cachilos de los campos con gramilla; bandadas de *renegridos* y *pechos colorados*, *mixtos*, *picos de plata*, *corbatitas*, *churrinches* y *cardenales* de rojo copete, yo quisiera protegeros de todas las alimañas y los chicuelos que os persiguen, para que limpiarais las mieses y los árboles de los insectos dañinos y alegrarais los montes, los campos, las plazas y los hogares.

23 figuritas
Luz
4000
Bertamini



LA AGUJA

La máquina de coser
canta su canción de prisa
mientras la buena mujer
va cosiendo una camisa.

Sobre la espalda encorvada
la lámpara da el reflejo;
y parece cobijada
con un manto de oro viejo.

Y la tela que viene y la tela que va,
y que nunca se rompe ni aja,

15
2
4
26

23 figuritas



y la rueda *traca traca tra*
y la aguja que sube y que baja.

De las paredes blanqueadas
penden cromos y retratos
y esas frágiles monadas
de los bazares baratos.

Una niña pensativa
sobre un libro aprende a leer,
mientras canta fugitiva
la máquina de coser.

Y a la hora que suena y se va...
y el pan y la dicha que nunca van juntos,
y la rueda *traca traca tra*
y la aguja que deja su línea de puntos.

La tela a ratos se espesa
en una encrespada ola,

o cuelga desde la mesa
como si fuera una cola.

Mientras la mujer, prolija,
sigue su trabajo diario,
y le acompaña su hija
que aprende el abecedario.

Y en tanto la suerte marcha volandera
mostrando su avaro y hurano cariz:
Cose, cose, cose, buena costurera,
cose la camisa del hombre feliz.

ERNESTO MARIO BARREDA
de "Canciones para los niños"



JUGANDO CON MUÑECAS

I

Sarita y Julia, bajo el parral del segundo patio,
se entretenían jugando a las muñecas.

Rubia, de ojos azules, mofletes rosa y piernas
gordas era la de Sarita; morocha, de cabellos ne-
gros ensortijados, la de Julia.

Jugaban a las visitas, simulando que hablaban
las muñecas.

Sara llamó desde el pasadizo que comunicaba
con el primer patio.

Se levantó Julia con su muñeca morocha, y, po-
niéndola ante sí, con su vocecita dulce dijo:

—¡Pero qué sorpresa! No te esperaba, Fanny.

¡Cuánto gusto de verte por casa! ¡Cómo te agradezco la visita!...

Y juntaron alternativamente los labios de Fanny con las mejillas de Nelly.

— Te recibiré — dijo Fanny — en el patio, a la sombra fresca del parral, porque estaremos mejor.

Siéntate aquí, agregó, presentándole una silla.

Sarita sentó a Fanny en otra silla, y siguieron conversando así:

— ¿Y por tu casa? ¿Cómo está tu mamá?

— Bien, muchas gracias. Me encargó muchos besos para ti.

— ¿Y tus chicos? ¿Qué hacen? ¿Están guapos?

— ¡Ay, Fanny! Están bien de salud, pero... ¡me dan un trabajo! Todo lo tocan y lo sacan de su sitio. Tengo que andar buscando a cada momento las tijeras, el dedal y el hilo, porque los muy *cachafaces* lo revuelven todo.

Figúrate que tenía casi terminado un saco de *crochet*, cuando siento una algazara, mezclada con los maullidos de unos gatitos. Corro a ver lo que pasaba, y... ¿qué te figuras que habían hecho esos pícaros?...

¡Pues nada!... Con la lana del ovillo ataron una pata a cada uno de los gatitos. Se enredaron en la lana, y, enloquecidos, empezaron a saltar y a maullar... El saco se deshizo casi por completo, y el resto quedó inservible ¡Me dió una impaciencia! Te aseguro que les hubiera hecho tragar la lana y los gatos a esos perdularios... ¡No me dejan en paz!

Fanny se rió a carcajadas figurándose el cuadro que formarían los gatitos enredados en la lana y con el saco, destejiéndose, a la rastra.

— Pero — le contestó — es que tus chicos estarán mal acostumbrados. Harán su santa voluntad.

— No — le dijo Nelly. — A veces los reprendo. ¡Me hacen gritar más!... Pero como no es posible que siempre esté tras ellos, ni que viva gritando, en otras ocasiones hacen su gusto. ¡Me dan más trabajo! — exclamó, lanzando un suspiro.

— Pues los míos no me dan muchos disgustos — respondió Fanny. — Yo no los grito. Los dejo jugar, pues los chicos necesitan alegría, como nosotros necesitamos aire para respirar y pan con que alimentarnos.

— Pero... ¿cómo te haces obedecer?

— Muy fácilmente, Fanny. Cuando hacen algo que no está bien, les explico el *porqué* no deben hacerlo, y, sin gritos, pero con firmeza, les prohibo que vuelvan a hacerlo.

Cuando digo *sí*, saben que consiento; pero cuando digo *no*... saben que *¡no hay caso!*

Hay que saber decir *no*, y mantenerlo.

Y además, mi querida Fanny, yo siempre sé dónde están mis chicos, y sé también lo que hacen.

Prueba mi sistema... y ya verás cómo te da buen resultado.

— Ya lo creo que lo haré, y muchas gracias, Nelly, por tus consejos.

— Y, ¿qué te parece si las hiciéramos dormir? — dijo Fanny.

— ¡Cómo no! — contestó Nelly.

Y se acomodaron con sus muñecas en unas sillas de hamaca.

Y Fanny, que era muy entonada, cantó dulcemente estos versitos:

Este nene es una rosa
este nene es un clavel,
este nene es un espejo:
su mamá se mira en él.

Este niño lindo,
se quiere dormir
duérmase, chiquito,
duerma, chiquitín.

Que si usted se duerme
yo le voy a dar

un caramelito
de esos de chupar

Y aunque Vd. se ensucie
su linda boquita,
no le dirá nada
su buena mamita.

Y arorró, mi niño,
y arorró, mi sol,
y arorró, pedazo
de mi corazón.

Un poquito más alejada se había acomodado Nelly, e imitando a su mamá cuando hacía dormir a su hermanito, le canto así:

Duérmete, nenito,
que voy a contar
las maripositas
que hay en el rosal.

Este niño lindo,
que nació de noche
quiere que lo lleven
a pasear en coche

Mi chiquito lindo
se quiere dormir
cierra los ojitos
y los vuelve a abrir.

Mire que mamita
se le va a enojar
no haga pucheritos
ni vaya a llorar

Es usted un hijito
medio picarón,
bastante mal criado
y muy regalón.

Y si usted se duerme
yo le voy a dar

las maripositas
que hay en el rosal.

Cada mariposa
es un angelito
que velará el sueño
de mi morronguito.

Y así se entretuvieron un rato cantando y reprendiendo a las muñecas porque no querían dormir, según decían las mamás.

Por fin consiguieron hacerlas dormir. Las acostaron en un rinconcito del patio y se alejaron en puntitas de pie.

Jugaron un rato a saltar en la cuerda, volvieron, alzaron sus muñecas y se despidieron así:

— Me voy, porque es tarde y tengo que prepararle la mamadera a este picarón, porque cuando llegamos y no se la doy en seguida, grita que aturde.

— Y yo pienso hacer otro tanto.

— Bueno, besos a los chicos, y adiós.

— Adiós, Fanny. Cariños para todos.



MI MADRE

Yo la veo a mi madre, dulce madre mía, mirándose en mis ojos.

Yo la veo, bendita madre mía, apretándose junto a su pecho, con sus cariñosos abrazos.

Yo la veo, santa madre mía, preparándose el alimento, alcanzándomelo hasta los labios, afligiéndose si me negaba a tomarlo, alegrándose cuando comía el último bocado, mientras me decía palabras de ruego y de cariño para que no dejara de alimentarme.

Y, más grandecito ya, veo a mi madre, incansable madre mía, preparándose la ropa para que anduviera bien puesto y siempre limpio.

Yo la veo a mi madre, paciente madre mía, cu-

dándome en todo momento, aconsejándome siempre, explicándomelo todo al contestar a mis preguntas, observándome para que fuera bueno mientras hacía los quehaceres de la casa.

Yo la veo a mi madre, amorosa madre mía, correr desolada, cuando en algunas de mis travesuras me daba un golpe y prorrumpía en llanto. ¡Pobre madre mía! ¡Cómo se asustaba! ¡Cómo le temblaba la voz! ¡Qué esfuerzos hacía para parecer serena y consolarme!

¡Cuántos malos ratos! ¡Cuántas aflicciones por mi culpa!

Y la veo a mi madre, doliente madre mía, junto a mi cama, cuando yo enfermaba, dándome los remedios, animándome con sus más cariñosas palabras.

Yo la veo de día y de noche inclinándose para sentir los latidos de mi corazón, colocándose suavemente en su regazo, tomándose el pulso, acariciándose las manitas, besándose muchas veces, pasándose la mano por el cabello, espiándose todos mis movimientos para adivinar el curso de la enfermedad, y adormeciéndose con su voz más dulce.

¡Y será posible, madre mía, que ahora, comprendiendo tus afanes, tus fatigas, tus aflicciones y tu amor, te disguste dándote malos ratos!...

¡No, madre mía! Yo seré bueno contigo, porque comprendo que jamás podré devolverte todo el bien que de ti recibo.



CARICIA

Madre, madre, tú me besas,
pero yo te beso más.
Como el agua en los cristales
caen mis besos en tu faz...

Te he besado tanto, tanto,
que de mí cubierta estás,
y el enjambre de mis besos
no te deja ni mirar...

Si la abeja se entra al lirio
no se siente su aletear;

cuando tú al hijito escondes
no se te oye el respirar.

Yo te miro, yo te miro
sin cansarme de mirar,
¡Y qué lindo niño veo
a tus ojos asomar!...

El estanque copia todo
lo que tú mirando estás:
pero tú en los ojos copias
a tu niño y nada más.

Los ojitos que me diste
yo los tengo que gastar
en seguirte por los valles,
por el cielo y por el mar...

GABRIELA MISTRAL
Celebrada poetisa chilena.



UNA BELLA ACCION

He presenciado una acción hermosísima, dentro de su sencillez.

Yo iba de pic en la plataforma de un tranvía, y en el pasadizo del coche, algunos hombres y dos o tres mujeres, por estar ocupados todos los asientos.

Nadie se movió para ofrecer su sitio a las mujeres.

La buena costumbre de ceder el asiento a las señoras y niñas va desapareciendo ya. Y, si todavía algunos cumplen con ese deber que impone la buena educación, la mayoría, y es lástima, no cumple con esa práctica de galantería y buen gusto.

Sin embargo, cuando esas personas que suelen permanecer impasibles en sus asientos, suben a un tranvía acompañadas por la madre o las hermanas, y alguien les cede el asiento, sienten una satisfacción íntima y agradecen la delicada atención.

Si cada uno pensara en esta circunstancia, cedería gustoso su asiento a las mujeres, pues encierra un gran fondo de verdad esta máxima: *Haz a otro, lo que, en igualdad de circunstancias, te gustaría que te hicieran a ti.*

Pero... continúa mi relato.

Subió al tranvía una señora de edad. Con desaliento contempló el coche, completamente ocupado, y, resignadamente, se apoyó con ambas manos en el respaldo de un asiento.

Nadie la vió, o simularon no verla; pero un chiquelo de unos ocho o nueve años, que estaba algo más adelante, cuando divisó a la anciana, rápidamente se levantó, diciéndole:

—Señora, aquí tiene asiento.

La anciana se adelantó trabajosamente, sentóse con un suspiro de alivio, envolvió al niño en una mirada de profunda gratitud, y, débilmente, le dijo:

—¡Muchas gracias, hijo mío, muchas gracias!

Los hombres que estaban próximos continuaron impasibles, simulando no haber visto ni oído nada.

Debieron sentir la lección infantil como una bofetada.

Cuando el chico pasó junto a mí, le estreché la mano, diciéndole:

—Lo felicito, mi amiguito, por su bella acción y el ejemplo que acaba de dar.



LA PEQUEÑA BONDAD

La bella acción del simpático niño que cedió su asiento a una anciana me hizo reflexionar mucho.

Y pensé que el ejercicio de la bondad, de una pequeña bondad, hacía más simpáticas a las personas.

Es triste contemplar a los niños cuando se entretienen en sus juegos, ya sea en las plazas, en las aceras o en plena calle.

Gritan desaforadamente, corren atropellándose, se llevan por delante a los transeúntes, no disculpan ni reconocen nada al contrario, porque se quiere triunfar a toda costa.

La falta más leve motiva agrrias discusiones, y las palabras inconvenientes brotan de los labios.

Pero si los pequeños suelen ofrecer desagradables espectáculos, ¿qué podríamos decir en favor de los adultos!

Estos, que por razón de su edad debieran tener

más sentido común, más juicio y más bondad, suelen dar con frecuencia malos ejemplos.

¡No hay más que verlos en las grandes aglomeraciones cuando deben subir a los trenes, tranvías u ómnibus!



Casi todos quieren ser los primeros. Y, para conseguirlo, se empuja, se pisa y se protesta. Poco importa que haya mujeres o niños. Se quiere el primer lugar, el mejor asiento, la mejor comodidad.

El *yo*, el *yo* egoísta procura imponerse. Los niños, las mujeres y los ancianos... ¡que se arreglen como puedan!

.....
Y, sin embargo, bastaría un poco de reflexión y de bondad para que todos se ubicaran cediendo el

primer lugar o turno correspondiente a las mujeres y a los niños.

Estos actos, delicados, amables y buenos forman lo que se llama buena educación, la urbanidad, y son parte de las buenas costumbres de los pueblos.

La grosería y el egoísmo son signos de incultura. Algunos hacen gala de incultura, especialmente cuando poseen gran valor físico; porque han descuidado el desarrollo de la inteligencia, de los sentimientos y de la voluntad.

¡Qué antipáticos son esos individuos que no respetan los derechos de sus semejantes... y molestan en toda forma.

¡Cuántos incidentes provocan! Y a veces de consecuencias lamentables!

Pero las personas que cuidan el desarrollo del cuerpo por medio de la gimnasia o los deportes, como asimismo la inteligencia, los sentimientos y la voluntad, son fuertes, instruídas y buenas.

Y siempre están prontas para practicar esa pequeña bondad que se expresa con una sonrisa, un gesto amable, una actitud simpática, una atención oportuna o una acción sencilla pero buena, y que comúnmente se llama *cortesía*.

Si todos los hombres fueran corteses, ¡qué simpáticos serían! ¡Ojalá nuestros niños ejerciten siempre, y especialmente en sus juegos esa pequeña bondad llamada *cortesía*!

Si así sucediera, nuestro pueblo llegaría a ser el más simpático del mundo.



HOMBRECITO

Madre, cuando sea grande,
¡Ay qué mozo el que tendrás!
Te levantaré en mis brazos
como el viento al alfalfar.

Yo no sé si haré tu casa
cual me hiciste tú el pañal
o si fundiré los broncees,
los que son eternidad.

¡Ay, qué hermosa casa haría
tu niño, tu titán!
¡Y qué sombra tan amante
de su alero ha de bajar!

Yo te regaré una huerta,
y tu falda he de colmar
con las frutas perfumadas:
pura miel y suavidad.

O mejor te haré tapices
y la juncia he de trenzar.
o mejor tendré un molino,
el que canta y hace el pan.

¡Ay, qué alegre tu hombrecito
en la fragua va a cantar,
o en la rueda del molino,
o en las jarcias en el mar!

Cuenta, cuenta las ventanas
que estas manos abrirán;
cuenta, cuenta mis gavillas
si las puedes tú contar.

¡Ay, qué hermoso niño el tuyo
que jugando te pondrá
en lo alto de las parvas
y en las olas del trigal!...

GABRIELA MISTRAL
Chilena.



LOS CHARLATANES

La naturaleza, dice un proverbio, nos ha dado dos oídos y una sola boca, a fin de que escuchemos mucho y hablemos poco. Y *el que mucho habla, mucho yerra*, dice otro proverbio, que expresa una gran verdad.

Somos conversadores, excesivamente conversadores.

Pero menos mal si conversáramos sobre asuntos de verdadero interés.

Los temas que ofrecen la naturaleza, la política, la sociedad, la vida, la educación, el progreso y todo lo que nos rodea son en verdad inagotables; pero pocas veces motivan conversaciones serias o interesantes.

La charla insustancial, sin motivo serio o in-

terezante, y que se desgrana en palabras y palabras, es a lo que muchas personas suelen llamar *conversación*.

Los comentarios ligeros, precipitados e indiscretos caracterizan a muchas personas cuando hablan; otros, hablan de todo y no saben de nada, y, por supuesto, hablan mal; algunos tienen la manía de hablar siempre haciendo chistes y se aplaude sus propias gracias, que, en su mayoría, no tienen *ninguna gracia*.

El *chiste* es la sal de la conversación, y debe ser espontáneo, oportuno, fino y novedoso. Si se prodiga, degenera en zoncera.

Otros *monopolizan* la conversación; es decir, ellos solamente hablan. No pocos, al hablar, parece que se escuchan. Son los vanidosos.

A los charlatanes, género que, por desgracia, abunda, en la jerga popular se les llama *latosos*. Y muchos dicen, en forma pintoresca, para designar a un *latoso*: “Antes de que te agarre Fulano, mejor que te apriete el tren”.

Estos individuos, cuando peroran en un grupo de personas, suelen quedarse con un solo oyente, y siguen charlando, frente a frente, casi pegados, mientras la víctima escucha resignadamente e imposibilitada para huír decorosamente, pues su interlocutor sigue perorando. Otras veces agrava la situación de su víctima prendiéndosele de las solapas del saco.

Los demás se han escabullido uno a uno pretextando una indisposición o cualquier asunto de urgencia.



SORPRENDIDA

(Para pensar, conversar y escribir)

Pero no se da por vencido, y continúa con su charla hueca, insustancial y tonta.

Varios hablan con un léxico escogido. Quieren lucirse, especialmente ante las damas o las niñas; pero, como el artificio se nota en seguida, pasan por tontos y vanidosos.

Algunos, por el tono y la *pose* con que hablan, parece que estuvieran enseñando. Lo que dicen, según ellos, es la última palabra, porque no se equivocan, ni pueden equivocarse.

Suelen emplear también términos escogidos, y especialmente *técnicos*, para asombrar con lo que saben.

Estos son los más tontos de todos, porque son los *pedantes*.



SABER DISCUTIR

Evitemos caer en ninguno de los extremos señalados en la lectura anterior.

Hay que *saber escuchar*.

Escuchando atentamente siempre se aprende algo, se notan los defectos de quienes hablan, y, con un poco de reflexión los evitaremos nosotros.

Cuando hablemos, hagámoslo con medida, digamos algo útil, razonable u oportuno y callemos dispuestos a seguir escuchando. Y escuchemos de buen grado, sobre todo cuando el que habla lo hace bien y expone ideas que merecen meditarse o discutirse.

Este hábito de saber escuchar — que es también signo de buena educación — puede iniciarse en la escuela, oyendo atentamente las explicacio-

nes de los maestros o las exposiciones de los compañeros de clase, sin interrumpirlos.

Hablemos con naturalidad; es decir, sin efectos estudiados.

No hay que confundir la *naturalidad* con la *vulgaridad*.

La primera es sencilla y clara; la segunda gesticula, grita a veces y emplea palabras de dudoso buen gusto.

Claro está que no es propio ni queda bien permanecer silenciosos cuando se ha iniciado una conversación entre varias personas. Hay que tomar parte en la conversación; pero para hacerlo airoosamente es preciso poseer una buena información como asimismo una regular instrucción que se adquiere en los viajes, en el cambio frecuente de ideas con otras personas, en la observación, el estudio y la lectura.

El trato frecuente con personas instruídas, o de buen sentido, el buen tacto y la discreción harán lo demás.

II

Conversar, pero conversar bien es un deleite.

Nada tan agradable como oír a varias personas emitiendo sus opiniones clara y sencillamente sobre uno o varios asuntos.

Nada importa que no piensen lo mismo. Al contrario, la diferencia de pareceres animará la conversación.

Este cambio de opiniones se llama *discusión*.

Hay que saber discutir para no llegar a la *ale-*

gación, forma antipática y muy frecuente que consiste en el empeño de imponer las opiniones propias a los otros.

Cuando se aparta uno de la discusión razonada y serena se grita, se gesticula con ademanes violentos, y cada contrincante parece un *energúmeno*. De ahí a la reyerta, al distanciamiento y a la ofensa no hay más que un paso.

Desgraciadamente, pocos son los que saben discutir.

Puede ponerse entusiasmo y pasión en las opiniones, pero respetando siempre el derecho de los demás a exponer sus ideas y tener opiniones propias.

Basta pensar que podemos estar equivocados y haber algo de verdad en las ideas de las personas con quienes discutimos, para no exaltarnos y mantener la discusión en un tono apacible.

Desde niños podemos aprender a discutir con nuestros compañeros, para que cuando seamos hombres sepamos hacerlo razonada y serenamente.

Pensemos también que las razones no se imponen a gritos, y que, generalmente, quienes más gritan tienen menos razón.



LA VIDA ES ACTIVIDAD

Hay que levantarse temprano y salir a la calle para contemplar un cuadro interesante y que merece meditarse.

Mis ocupaciones me imponían la obligación de tomar un tranvía a las seis y media.

La ciudad despertaba de su reposo nocturno. Al silencio sucedía la agitación y el bullicio.

Grupos de hombres en trajes de labor caminaban presurosos hacia sus ocupaciones; otros en bicicletas, pasaban pedaleando rápidamente; algunas niñas madrugaban también para cumplir sus obligaciones; el tranvía llevaba día a día, y a esa hora, casi a las mismas personas; a veces un joven salía presuroso de su casa y alcanzaba el tranvía arreglándose la corbata. Era el eterno dormilón o perezoso que esperaba el último minuto para levantarse.

Desde todas las calles próximas convergían los

peatones, los ciclistas y los autos hacia el centro, acortando distancias por la diagonal.

Los carros de reparto, los automóviles de alquiler y particulares, los tranvías y camiones en incesante ir y venir daban ya la impresión de una gran actividad.

La ley imperiosa del trabajo, base del progreso y de la independencia personal, imponía su sello a la ciudad, apenas rompía el alba para acentuarse en las primeras horas de la mañana.

Y trabajaban las madres en las mil atenciones del hogar; trabajaban los padres a fin de asegurar el sustento de la familia, gozar de algunas comodidades y conseguir una situación desahogada por lo menos; trabajaban los hijos para aportar ayuda a sus padres; trabajaban muchos ancianos: algunos, porque, acostumbrados al trabajo, les resultaba necesaria y agradable la actividad, y otros, achacosos ya, porque a ello les obligaba su pobreza; y se preparaban a trabajar los niños dirigiéndose a las escuelas con el buen propósito de ser de provecho: laboriosos, fuertes y sanos.

Y así, en grupos aislados, a pie, en carruajes, etc., hombres, mujeres y niños, presurosos, en un ir y venir interminable, se movían en todas direcciones.

El trabajo es el gran ordenador, el regulador único de nuestra vida. Si esta actividad cesara, todo sería miseria y desolación.

Fuera del trabajo no hay nada más que ociosidad.

Trabajemos.



EL MARTILLO

¡Tan!... ¡Tin!...
 Muéven los fuelles con el balancín.
 ¡Pin!... ¡Pan!...
 Rojas de fuego las fraguas están.

El hierro suena y el hierro siente...
 Y si a la fragua se entrega luego,
 el hierro sale todo del fuego
 como una fuerza pura y ardiente.

Canta tu canto de forjador,
 negra es la mina, negro el taller;
 como la vida, como el dolor,
 como el destino que has de vencer!

¡Tan!... ¡Tin!...
 Vuelan las notas del canto sin fin
 ¡Pin!... ¡Pan!...
 Pasan las horas que no volverán.

Suena el martillo, saltan las chispas,
bajo los músculos del forjador.
Cruzan las sombras áureas avispas,
moja la frente santo sudor.

Fibras del hierro que se moldea,
almas perdidas de un hondo afán:
que a golpes mágicos labran la idea
y entre las almas vibrando van...

¡Pan!... ¡Pin!...

Mueve los pechos un sano trajín.

¡Pin!... ¡Pan!...

Truenan los golpes como un huracán.

Todo lo puedes, buen forjador,
con tu martillo fuerte y sonoro
bates el hierro con más amor
que si fuera un lingote de oro.

Es el presente de un don sagrado,
que sobre el yunque viene a parar:
¡Forja la lámina para el arado,
mas no la espada para matar!

¡Tan!... ¡Ton!...

Hinchán los fuelles su rudo pulmón.

¡Pin!... ¡Pan!...

Y rojas de fuego las fraguas están.

ERNESTO MARIO BARREDA
de "Canciones para un niño"



UN PASEO MATINAL

Hoy me levanté temprano y salí a caminar sin rumbo para gozar de los beneficios que la mañana linda brindaba con su atmósfera pura, su sol radiante, su claridad alegre y su temperatura tibia.

Mi espíritu participaba de los dones que la naturaleza regalaba generosamente.

Me sentía puro como la atmósfera, radiante como el sol y alegre como la claridad mañanera.

Los árboles me parecían más bellos que nunca, y las ramas, con su tupido follaje, se me antojaban madrecitas rodeadas por sinnúmero de hijitos.

¡Qué quietecitas estaban apoyadas en las ramas, sin estorbarse!

A veces se movían agitadas por un soplo de aire; se besaban, y, al rozarse, se desprendía un suavísimo rumor.

En la plaza, el césped verde, recortado y suave, parecía recién lavado. Sus hojuelas bebían la luz, el aire puro y se refrescaban en las gotitas de rocío.

En un sendero, cuatro o cinco gorriones, pegaditos al suelo, esponjaban su plumaje, escarbaban, picoteaban y chichiaban alborozados.

Al acercarme, volaron presurosos y se posaron en las ramas de un árbol próximo. Parecían hermanitos juguetones. Debían quererse mucho, puesto que andaban juntos!

Entre el follaje de la arboleda otros pájaros cantaban, y en la rama terminal de una casuarina, que se doblaba al impulso de la brisa, un jilguero trinaba suavemente.

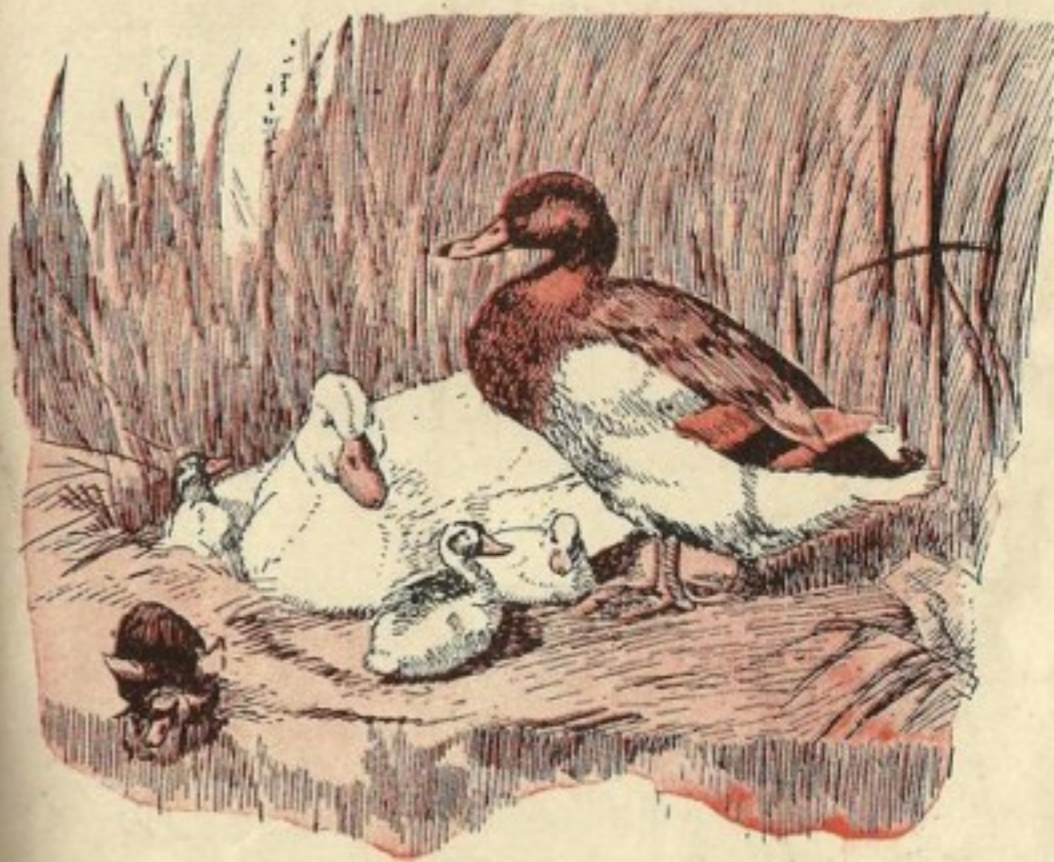
Los árboles ofrecían el regalo de sus copas y frutos y los pájaros agradecían con el presente de sus bellezas y de sus cantos. Regalo y agradecimiento que eran actos de amor.

En la orilla del estanque unos gansos reposaban mientras alisaban su plumón o extendían el ala abriéndola como un blanco abanico.

Una pata, seguida por una docena de patitos, penetraba en el agua, y un chico madrugador les arrojaba pedacitos de pan, que engullían golosamente.

Este chico realizaba un acto de amor. Su acción sencilla y buena ponía en su semblante una clara expresión de regocijo.

Un hornero, en la cornisa de un alto edificio, construía también su redonda casita. Alisaba los materiales con su fina herramienta y de rato en rato aleteaba, estiraba el cuello, y erguido, en un raptó de orgullosa satisfacción, lanzaba al aire su canto precipitado, clamoroso y alegre.



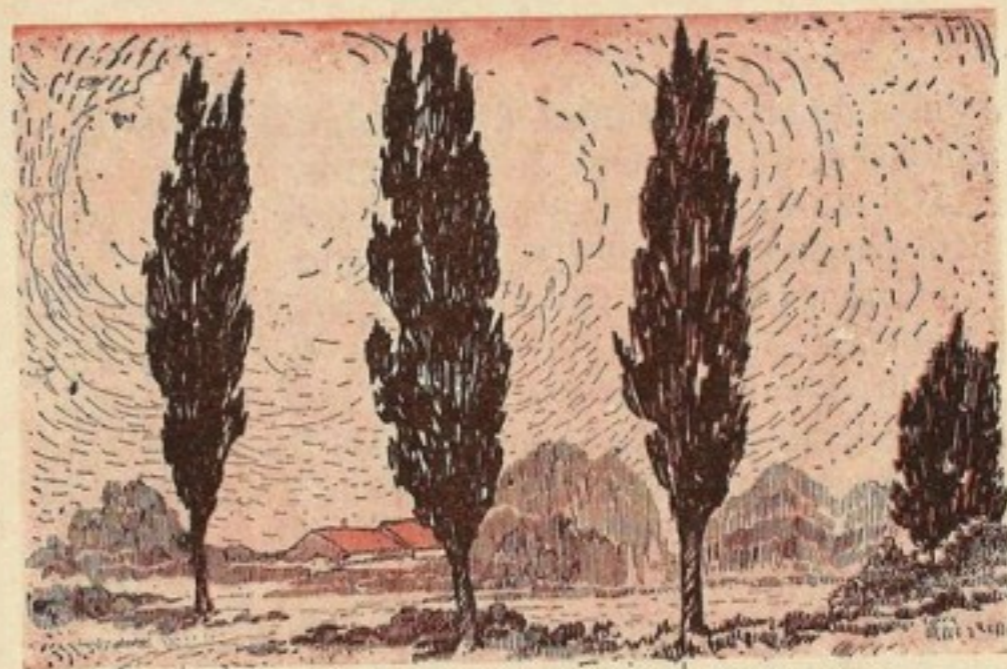
¡Qué contento estaba al contemplar su obra casi terminada y pensar en la prole que alegraría la alcoba y la sala de su palacete!

¡Un sentimiento amoroso le impulsaba al trabajo e inspiraba su cantar bullicioso!

Una pajarita, con un gusanito en el pico, detuvo

su vuelo en una rama del árbol a cuyo pie yo me había sentado. Miró en todas direcciones y saltó a otras ramas. De pronto oí el chichiar de los pichones. La madrecita saltó hasta el nido. Cesó el chichiar hambriento. Permaneció un minuto acompañando a sus hijuelos y salió en vuelo presuroso hasta perderse de mi vista entre unos matorrales. A los cinco minutos estaba de vuelta con su provisión en el pico. ¡Esa pajarita trabajaba afanosamente impulsada por el instinto de su amor maternal!

Regresé con más alegría y amor en el alma, y ¿cómo podía ser de otro modo, si todo, en la naturaleza, me ofrecía ejemplos de labor, de bondad y de amor.



LO QUE DIJO MI AMIGO DESPUES DEL PASEO

I

—Sí —dijo mi buen amigo, cuando, al visitarlo por la tarde, me describió su paseo matinal:— todo es armonía en la naturaleza.

La tierra cobija amorosamente las semillas; el agua les brinda humedad; el sol, calor, y el *embrión* despierta de su sueño. Se nutre de su envoltura, se desarrolla; abre la puerta de su celdita; se afirma en la entraña de su madre —la madre tierra— con sus menudas raíces, para nutrirse; eleva su delicada *plúmula* hasta asomarse por pequeña abertura y mirar al cielo en busca de aire y de luz.

Después será hierba, arbusto o árbol, y brindará el regalo de su follaje, de su madera, de sus

tintes, de sus perfumes, de sus almíbares, de sus gomas, de sus flores y de sus frutos.

Brindará también su belleza y será prado, jardín, parque, avenida, bosque o selva.

¿Cómo, pues, no amar las plantas? ¿Cómo no cuidarlas? ¿Cómo no defenderlas de los insectos que las devoran, de los chicuelos irreflexivos que las desgajan; de los gandules que las maltratan por ignorancia o maldad y de las autoridades edilicias, que muchas veces abaten árboles frondosos que todos quieren, para substituirlos por canteros de césped, *que no deben pisar los chicuelos* y que no ofrecen las ventajas que brindan los árboles?

La naturaleza, agregó mi amigo, presenta espectáculos de maravillosa belleza.

El arroyo y la cascada; el río y la catarata; el lago y el mar tienen desde la belleza delicada y suave hasta la sublime.

El espacio, con la pureza celeste de su comba; el blanco velamen de sus nubes; sus apeñuscamientos imponentes de *cúmulos*; las llamaradas de sus relámpagos; el fragor de los truenos; la variedad de las lluvias; la serenidad de sus alboradas y crepúsculos, despiertan en las personas más indiferentes sentimientos de admiración.

Y continuó, entusiasmándose: el cerro aislado, la montaña imponente, la cordillera que se pierde en la lejanía, con sus valles, desfiladeros, abismos, cúspides, nieves y torrentes, ofrecen cuadros y panoramas que nunca me cansaré de contemplar.

Pero, dijo gravemente, hay que enseñarles a nuestros niños a que *miren* las cosas primorosas

que a cada instante encuentran ante sus ojos, y que no saben *ver*.

Tienen que observar el vuelo de las aves para que admiren sus giros caprichosos y la gracia de sus movimientos.

Deben fijar la vista con más frecuencia para ver la variedad de la copa de los árboles; los *matices* del follaje; la *policromía* de las flores; el extraño vuelo de algunos insectos; la estupenda labor de las abejas o la araña; el chispear de las gotas de rocío; la nube volandera que se *desfloca* en el espacio; las figuras humanas o los monstruos fantásticos que semejan las nubes, como asimismo el delicioso paisaje que ofrece un recodo del riacho.

II

Después de un momento de silencio, continuó mi amigo:

—Los padres, si se presenta la ocasión, llaman la atención de sus hijos sobre tantas cosas bellas, para que se acostumbren a no mirarlas con indiferencia y aprendan a gozar el placer de sentir la naturaleza.

Y cuando por demasiadas ocupaciones, o por preocupaciones excesivas carecen de tiempo y de tranquilidad para desempeñar esta función educativa que resulta tan útil, no hay que afligirse mucho, porque para despertar el entusiasmo y el amor a la naturaleza ahí están los maestros que tienen capacidad y sentimiento para ello.

Que les llamen la atención sobre las cosas bellas

que se ven en el campo o la ciudad, en la tierra o el cielo, para que *miren para ver, oigan, para escuchar y aprendan para sentir.*

Yo, concluyó mi amigo, tuve la dicha de tener una madre que cultivó desde mis primeros años el amor a la naturaleza, enseñándome a observarla.



Cuando salía conmigo se detenía a veces, oprimía mi mano, y, señalándome el vuelo de un ave, una nube hermosa, una puesta de sol, una corriente de agua, un insecto, me decía, entusiasmada: “¡Mira, qué lindo, mira!”

Y esas cosas comunes—y cuya belleza por mí mismo nunca habría notado, al amable y admirativo influjo de mi madre despertaba mi atención, admiraba también, y me acostumbré a mirar para *ver* y a oír para *escuchar.*

¡Bendita madre mía, cuánto te debo!



MIENTRAS DUERME EL NENE
(Para ver, conversar y escribir)



DUERME

Nuestra hija duerme y sonríe
tranquilamente en la cuna.
Duerme, que nadie importuna
tu dormir que sueña y ríe.

¡Duerme que velan tu sueño
dos seres que por ti viven,
y que por ti se desviven
con afán y noble empeño.

Para que tu despertar
sea entre juegos y risas,
y para que tus sonrisas
nos prodigues a la par.

Miradas, besos, caricias,
de tu inocencia el tesoro,
el abracito que imploro,
tus burlas que son delicias...

Todo, todo ese conjunto
que constituye tu encanto,
porque te queremos tanto
que conviertes en trasunto,
de un rinconcito del cielo
nuestro hogar, con tus amenas
charlas y risas tan llenas
de gracejo y dulce anhelo.

.....
Pareces en tu albo lecho
de algodón níveo capullo,
y tu respiro, el arrullo
leve de angélico pecho.

Tu frente pura, colmena
de ideas que ya aletean,
¡Mariposas que desean
revolotear sin pena!

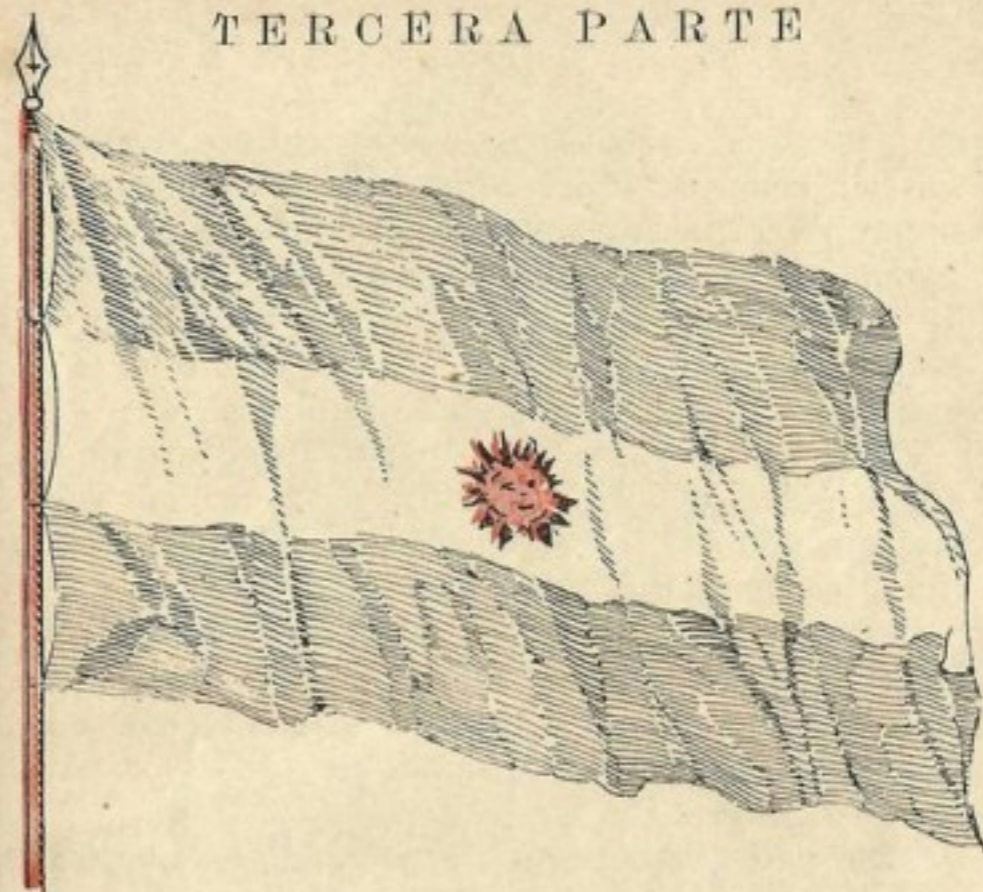
Y tu boquita de mieles
con cuatro blancas perlititas
que ya asoman las puntitas
de esa boca en los dinteles...
hacen de ella un incensario
de purísima ambrosía,
lira de dulce armonía
de flor ideal el nectario.

Despierta, niña, despierta
que, sin tus risas y besos,
tu charlar y tus excesos,
nuestra alcoba está desierta.

J. F. J.

(De "*La Cuna Vacía*").

TERCERA PARTE



LA BANDERA ARGENTINA

“La bandera — alguien ha dicho, despectivamente — es un trapo atado al extremo de un palo.”

Sí, pero es un palo con vida y un trapo que habla a millares de hombres, contándoles la historia del pasado y alentándolos para que hagan la gran patria del porvenir.

Ese “trapo”, que miramos los argentinos con profundo cariño y los extranjeros con respeto, se agita como una gran ala maternal sobre los edificios públicos y en las plazas para cobijar a todos los hombres del mundo que vengan a nuestro suelo

para convivir con nosotros los argentinos, amasar con su trabajo el progreso del país y asegurar su propio bienestar, respetando nuestras leyes.

En ese "trapo" — blanco y celeste: luz y cielo — flota el espíritu de Belgrano, del pueblo de Mayo y de los grandes patricios que formaron esta patria, de la cual estamos tan orgullosos.

En ese "palo y ese trapo" vibra el espíritu de la argentinidad que anida en todos los pechos y se exalta cuando se entonan las notas del Himno Nacional en los grandes días de la patria.

"Ese palo y ese trapo" al tope de la "Sarmiento" ha paseado por todos los mares, ha flameado en los más lejanos puertos y ha sido saludada con salvas amistosas por los cañones de todos los países de la tierra.

"Ese palo y ese trapo", enarbolado en nuestras escuelas, alienta a los maestros y habla a los niños del pasado glorioso, del presente y del porvenir soberbio de la patria.

"Ese palo y ese trapo" ampara el trabajo, el derecho, la justicia y la libertad, desde la Quiaca hasta la confluencia de los dos océanos, y desde los Andes hasta los grandes ríos del litoral y las playas del Atlántico.

"Ese palo y ese trapo" es la *bandera argentina*, la gloriosa bandera que tanto queremos y que respetan todos los hombres de la tierra.



SARMIENTO

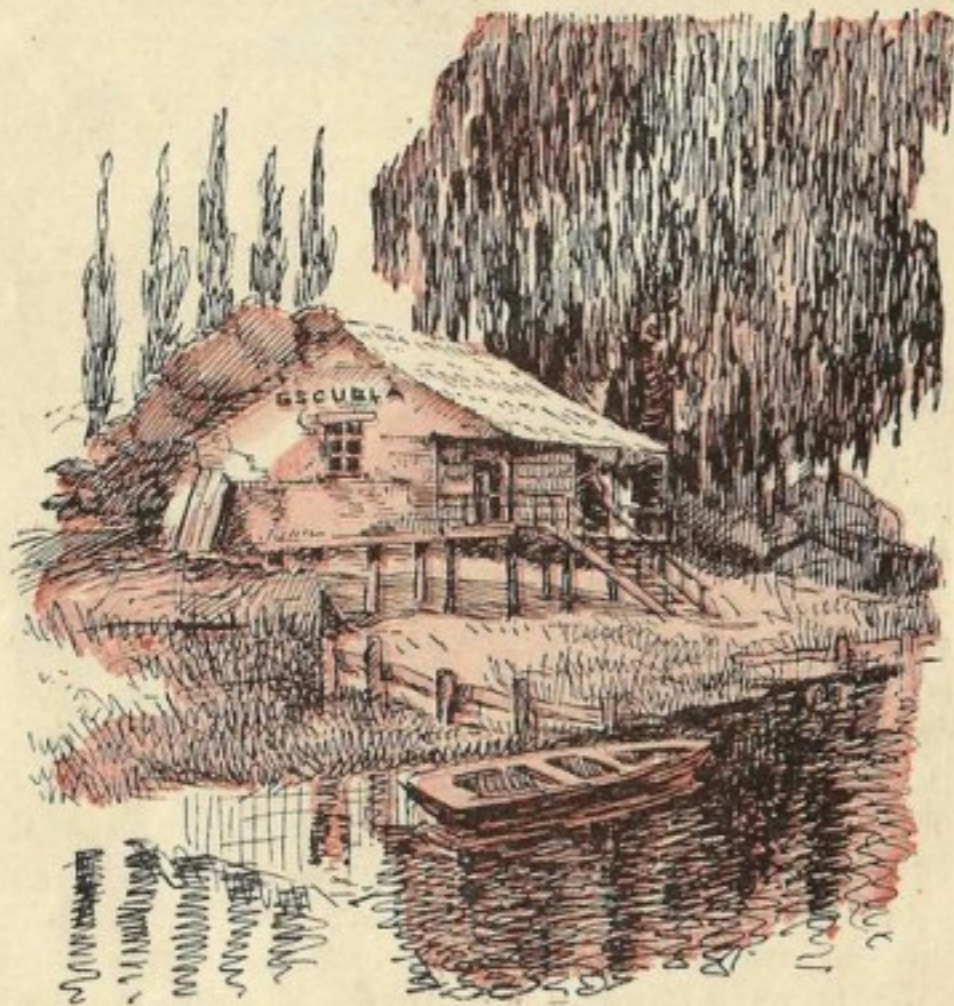
Nació en San Juan el 15 de Febrero de 1811 y murió el 11 de Septiembre de 1888 en el Paraguay.

Fué hijo de sus propias obras; es decir, se formó con su propio esfuerzo. Cursó únicamente los primeros grados de la escuela primaria; pero, era tanto su afán de aprender; tan aguzado su espíritu de observación; tan clara su inteligencia; tan templado su carácter; tan férrea su voluntad; tan incansable su actividad y tan ardiente su patriotismo que, desde dependiente de almacén fué maestro, periodista, orador, escritor, gobernador, Director General de Escuelas, diputado, senador, ministro, Presidente de la República, fundador de escuelas y bibliotecas y sobre todo, *un gran educador* porque fué un gran ejemplo para sus conciudadanos.

Su enorme labor escrita forma 52 volúmenes y entre sus obras principales que debieran conocer todos los argentinos pueden citarse a "Facundo", "Recuerdos de Provincia", "De la Educación

popular”, “Argirópolis” y “Conflictos y Armonía de las razas de América”.

Verbo y acción, Sarmiento es ya un símbolo cuyo alto significado cobra mayor relieve a medida que el tiempo pasa, así como la montaña más elevada



destaca mejor su cumbre entre las cimas que le circundan, a medida que la distancia nos aleja.

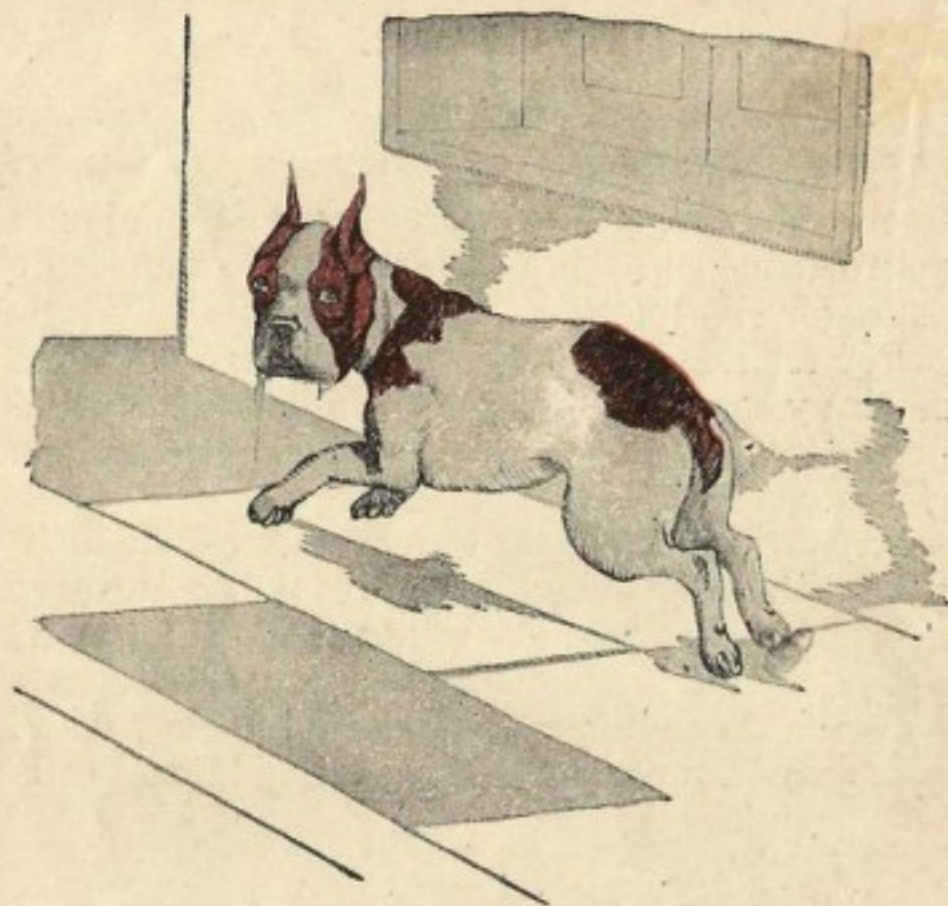
Proclamó sus anhelos de progreso en discursos,

artículos, polémicas, libros y obras de gobierno; pues tan formidable luchador no conoció el reposo en su afán perpetuo de *aprender y dar*, dejando rastro firme en cuantas cosas afirmó su garra de *pensador en acción*.

Por eso nombrarlo es evocar su obra múltiple, maciza y enorme que sirve de cimiento al engrandecimiento del país; porque la patria está toda en él, como el árbol en la simiente.

Evoquemos siempre con respeto y cariño la figura recia del gran agitador de espíritus que cavó más hondo y sembró más, cimentando el porvenir del país con la fundación de escuelas y bibliotecas.

El día de su muerte, fué día de duelo para el país. Hoy es una gloria nacional de la cual estamos orgullosos.



¡UN PERRO RABIOSO!

I

— ¡Un perro rabioso! — gritó la *fámula* de la casa de Carlitos asomando su espantado rostro por entre las rejas de la ventana. Y agregó: — ¡Está en el zaguán! ¡Cierren las puertas! — vociferó, dirigiéndose a las vecinas.

En la casa contigua sintieron gritos, carreras, portazos, y, encaramada en la reja, ávida de contemplar la escena sin mayor peligro, apareció toda la familia.

— ¡Un perro rabioso! ¡Y se ha metido en el zaguán! ¡Cuidado, que va a morder a la gente! ¡Hay que matarlo! — gritó la mamá.

— ¡Sí, sí! ¡Hay que matarlo! — aulló en coro la caterva de chicuelos, gozando ya ante el espectáculo del *perricidio* en perspectiva.

Y hasta el grave señor de la casa reforzó la sentencia de muerte asintiendo con la cabeza, diciendo gravemente:

— ¡Hay que matarlo!

Pero, cuidadoso de su preciosa *humanidad*, continuó junto a su consorte, bien pegado a la reja.

La escena repercutió en toda la cuadra.

En la casa de enfrente cundió el alboroto. Varias criaturas que jugaban en la vereda, al oír el “¡Sálvese quien pueda del perro rabioso!”, se lanzaron en tropel al interior de la casa, llevándose por delante al papá, que en ese momento salía para averiguar el motivo de tanto escándalo. Con breves y sensatas palabras sosegó a la espantada prole y se dirigió a la vereda, siendo allí testigo de las escenas que se desarrollaban en la acera próxima.

El perro rabioso permanecía aún en el zaguán. Los curiosos aumentaban por momentos. La sentencia de muerte palpitaba en los corazones y asomaba a los labios... ¡Es tan lindo matar!... pero... nadie se atrevía...

Por fin apareció un guapo, armado de un largo y fornido garrote, como para dejar tendido a un

toro. Y aquel joven, que ante el azorado público se transformó en un héroe, enarboló su garrote, se acercó en puntillas, pisó el umbral de la guarida perruna, calculó la distancia y descargó un tremendo garrotazo rumbo a la testa de su cuasi víctima, porque, errando, felizmente, el golpe, recibieron impasiblemente el soberbio garrotazo media docena de baldosas que ni ¡ay! dijeron.

II

El rabioso canino, espantado por el ataque, con las orejas gachas y lanzando afligidos ayes, huyó por entre aquella multitud tan feroz como miedosa, guareciéndose debajo del mostrador del despacho de bebidas del almacén próximo.

Y allí lo siguió la turba, con la que hicieron causa común el almacenero, su mujer, los hijos, el dependiente y los parroquianos, que sintieron turbada su tranquilidad — pues todos se encaramaron sobre el mostrador — por el peligroso intruso.

Guarecido en un pequeño escondrijo, entre cajones y bolsas, el *terrible monstruo* iba a ser ultimado cuando..., como un ángel bueno, se adelantó un simpático jovencito, y, desoyendo las advertencias de los valientes que estaban sobre el mostrador, se acercó al perro, le acarició la cabeza, le palmeó el lomo, llamó “¡Pichicho, pichicho!”... y la pobre víctima, un pobre cachorro, abandonó su rincón y meneando la cola, humilde y temeroso, pero presintiendo en el joven a su salvador y amigo, le siguió dócilmente, animándose al contacto de aquella mano que se posaba suavemente en su cabeza, como una promesa protectora.

¡Tal era el monstruo rabioso!...

El racimo humano se descolgó de la reja; los parroquianos descendieron del mostrador; los curiosos se desbandaron; las puertas se abrieron; los casi *perricidas* guardaron sus armas, medio avergonzados; el joven del garrote dió media vuelta y pasó tieso, creyéndose casi un héroe; los chicuelos se desbandaron; el barrio recobró su acostumbrada tranquilidad, pero... la *fámula* del alboroto no se dió por vencida, y jura y perjura aún, que el perro estaba furiosamente rabioso.

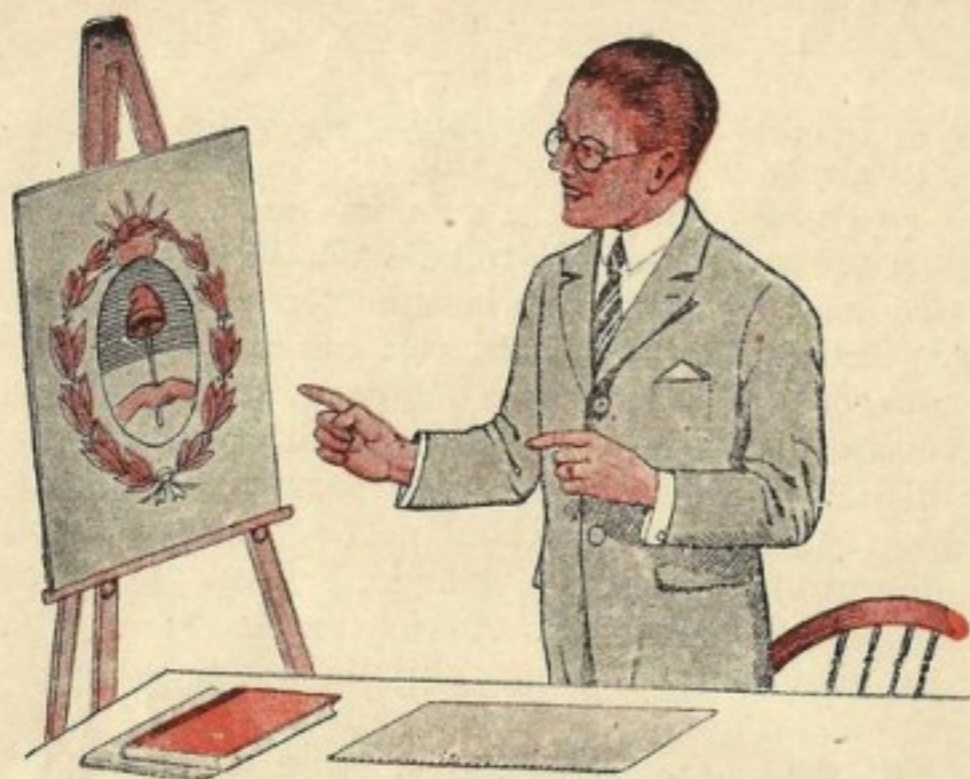
Comentando la escena, el papá dijo a su prole: —Hijos míos, alegrémonos.

El pobre cachorro, que buscaba un asilo por haberse extraviado, está ya tranquilo gracias a la buena acción del jovencito, que no creyó, como creyeron todos, en la exclamación inconsciente de una *fámula* atolondrada.

Sed reflexivos y buenos.

La injusticia, después de cometida, es irreparable.

El hombre que se respeta y estima, no debe ser injusto *ni con los perros*.



LA PATRIA

—La patria — dijo el maestro, al comenzar una clase de Historia — es esta escuela en la cual ustedes se educan; donde cantan el Himno Nacional; que ostenta en esta sala el Escudo Argentino, y sobre la cornisa, el asta con la bandera desplegada, como un símbolo de protección para la escuela.

La Patria es el hogar, el pueblo, el partido o la ciudad donde vivimos, y, por fin, *la Patria* es todo el territorio argentino, con lo que hay dentro de sus límites.

Donde quiera que nos encontremos, hemos de sentir un gran cariño por los hombres y las cosas de la patria.

Cuando contemplamos en el cinematógrafo vistas de paisajes, costumbres, edificios, monumen-

tos, pueblos o ciudades, miramos con más interés y simpatía, porque nos parecen más lindos los que pertenecen a nuestra patria.



Cuando oímos relatos de hechos o acontecimientos, escuchamos con más interés los que se refieren a nuestra patria.



Cuando se refiere la vida y obra de personajes ilustres que se han distinguido en la guerra, las ciencias, las artes, la industria, el gobierno, etc.,

nos complace sobremanera oír los nombres de guerreros, sabios y artistas argentinos.

Y por eso nombramos con respeto y simpatía a San Martín, Moreno, Rivadavia, Belgrano, Pueyrredón, que se distinguieron en las luchas por la libertad y trabajaron con tenacidad e inteligencia para formar la *patria argentina*.



Con el mismo placer citamos al colosal Sarmiento, al sabio Ameghino, a los historiadores Mitre y López, a los escritores y poetas Echeverría, Juan María Gutiérrez, Juan Cruz Varela, Mármol, Rafael Obligado, Ricardo Gutiérrez, Miguel Cané, Olegario Andrade, Almafuerde, como también a los hombres de gobierno y grandes oradores que se llamaron Mitre, Urquiza, Avellaneda, Vélez Sársfield, Rawson, Estrada, Goyena, Frías y muchos más. Y tan dignos como todos ellos son también los hombres progresistas que se internaron en territorios desiertos, los poblaron con rebaños,

alambraron los campos, organizaron las estancias y cabañas refinando los ganados, cultivaron los campos, trazaron caminos y fundaron escuelas.

Para todos, porque todos trabajaron por el progreso de la patria, debemos tener una palabra de simpatía o de gratitud.

Amemos la patria en su territorio, en sus habitantes, pueblos y ciudades, en sus grandes hombres, en sus leyes, en su pasado, en su presente y en todas sus manifestaciones de progreso.

.....
Sonó la campana llamando al recreo.

El maestro se levantó y dijo:

— Mañana daremos la lección.

Pero el maestro había dado una gran lección, hablándoles a sus chicos, como solía hacerlo a veces, con entusiasmo. Y la lección había sido provechosa, porque sus alumnos lo habían escuchado atentamente.



TROVA

Al día siguiente, cuando terminó la clase de Historia, el maestro leyó una linda composición del poeta argentino Carlos Guido y Spano, en cuyas estrofas canta el amor que sentía por su patria. Todo lo que es de su patria le parece hermoso.

Su tierra es la mejor; su bandera la más gloriosa; su aire más sabroso; sus hombres briosos y alegres; sus mujeres lindísimas; su campiña es verde alfombra; sus astros, vivos topacios, y, contento de haber nacido en Buenos Aires, exclama que será ¡Argentino hasta la muerte!

Así quería el simpático poeta a su patria y así veía las cosas de nuestra tierra y cielo con los ojos de su fantasía.

Esta es la composición que leyó el maestro:

TROVA

He nacido en Buenos Aires.
¡Qué me importan los desaires
con que me trate la suerte!
Argentino hasta la muerte.
He nacido en Buenos Aires.

Tierra no hay como la mía;
¡Ni Dios otra inventaría
que más bella y noble fuera!
¡Viva el sol de mi bandera!
Tierra no hay como la mía.

Hasta el aire aquí es sabroso;
nace el hombre, alegre, briosos,
y las mujeres son lindas
como en el árbol las guindas:
hasta el aire aquí es sabroso.

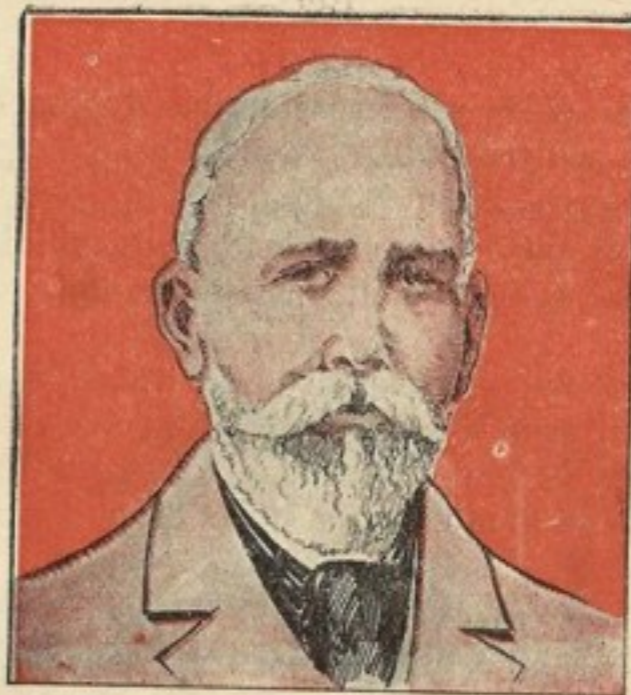
¿Quién, al verte, no te admira,
y al dejarte no suspira
por retornar a tus playas?
Deidad de las fiestas mayas,
¿quién, al verte, no te admira?

Goza del Plata al arrullo,
llena de garbo y orgullo,
criolla sin par, blasonante
de tu destino brillante,
goza del Plata al arrullo.

¡Cuántos medran a tu sombra!
Tu campiña es verde alfombra,
tus astros vivos topacios;
habitando tus palacios,
¡cuántos medran a tu sombra!

Bajo de un humilde techo
vivo, en tanto, satisfecho,
bendiciendo tu hermosura,
que bien cabe la ventura
bajo de un humilde techo.

¡He nacido en Buenos Aires!
¡Qué me importan los desaires
con que me trate la suerte!
Argentino hasta la muerte;
¡He nacido en Buenos Aires!



FLORENTINO AMEGHINO

Nació este argentino ilustre, sabio y genial, en la Villa de Luján el 18 de Septiembre de 1854.

Sin otros estudios, que los muy escasos adquiridos en la niñez, impulsado por su afán de instruirse, leyó mucho; pero leyó más y mejor en el gran libro de la Naturaleza.

Dotado de una voluntad tenaz, actividad infatigable y espíritu investigador, se formó por su propio esfuerzo, destacándose entre los hombres de ciencia de su época y de todos los países.

Y mientras desempeñaba concienzudamente, muy joven aún funciones de maestro en la escuela de su villa natal y después en Mercedes, se inició en el estudio de la Naturaleza, deseoso de arrancar a la tierra sus secretos y misterios. Comenzó reco-

giendo caracoles y huesos incrustados en las márgenes del río próximo.

Su afán investigador fué creciendo de día en día hasta dominarlo por completo, dedicándole su actividad inteligente e incansable durante cuarenta años.

Después de las clases, con su azada y su bolsa, se dirigía a los lugares donde sus ojos de investigador genial presentían que habría de encontrar algunos vestigios o restos de las especies animales extinguidas.

Volvía con su carga que estudiaba y clasificaba noche a noche; y así, los ejemplares de sus investigaciones se alineaban en las aulas vacías de la escuela, después en su hogar y hasta en su propia cama, condenándose a dormir en un colchón extendido en el suelo.

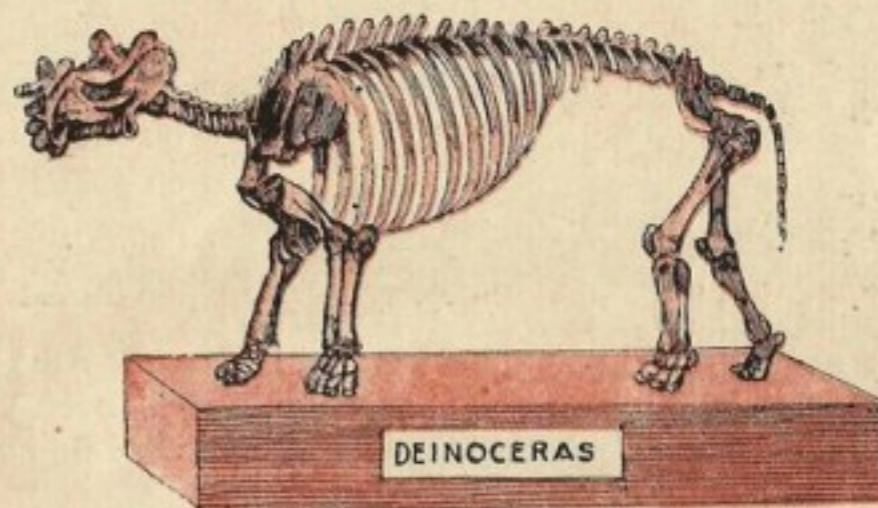
Al regresar de Europa, vencida ya su licencia, fué separado de su cargo de Director de la Escuela N.º 2 de Mercedes, sin duda porque había prestigiado a su patria llamando la atención de los sabios y corporaciones científicas de Europa.

Fué librero en Buenos Aires y después en La Plata, donde se radicó definitivamente en la calle 60 esquina 11.

En los intervalos que la clientela le dejaba libre estudiaba los huesos recogidos en sus andanzas de explorador y preparaba los elementos para fundamentar sus concepciones geniales y escribir sus obras e innumerables opúsculos científicos.

Asombra y pasma la enorme obra que realizó mientras sencilla y modestamente vendía plumas, papeles, tinta y cuadernos a sus clientes escolares.

Pero, el reconocimiento del valer de los hombres geniales, aunque tardíamente, *por fin llega*; y también llegó para Ameghino, aunque no en la medida de sus altísimos merecimientos.



Jamás buscó honores ni solicitó cargos públicos; pero su fama se impuso y fué designado — él, que no tenía ningún título oficial — profesor de la Universidad de Córdoba, Secretario Subdirector del Museo de La Plata, Director del Museo de Historia Natural de Buenos Aires y miembro de numerosas instituciones científicas.

Concurrió a muchos Congresos y perteneció a unas cincuenta Sociedades Científicas, en su mayor parte extranjeras.

Es que el genio de Ameghino había salvado los lindes del suelo patrio, y estaba bien allí donde podía comunicarse con los demás sabios de la humanidad.

Además de sus obras fundamentales: "*La antigüedad del hombre en el Plata*" y "*Filogenia*" es-

cribió otras obras y estudios especiales hasta alcanzar el número de 184!

Con razón decía constantemente: “¡Tengo tanto que hacer!...”

II

Este varón de tan alto valer intelectual, poseía una resistencia física extraordinaria; y en cuanto a su contextura moral, las más nobles cualidades embellecían su espíritu. Sencillo, veraz, justo, probo y altivo, jamás toleró que se le menoscabara en su dignidad de hombre y ciudadano.

Armonizaban, pues, admirablemente en Ameghino las más valiosas cualidades de orden físico y espiritual, que él perfeccionó con el ejercicio de su vida austera, laboriosa y digna.

III

En la ciudad de La Plata a las ocho de la mañana del 6 de Agosto de 1911 se extinguió la vida de este hombre bueno, ciudadano ejemplar y sabio genial.

Sus restos mortales yacen en el Panteón de la Asociación de Maestros; pero, tarda ya la hora de que se le rinda el homenaje merecido con el sepulcro y monumento en donde reposen definitivamente.

Entre los varios homenajes tributados a su memoria, ninguno más valioso que el Decreto del Gobierno de la Provincia de fecha Diciembre 12 de 1912, disponiendo la publicación de sus obras completas y correspondencia científica.

Cuando la cultura se difunda más en el país y

se conozca en toda su magnitud la obra que produjo, se le rendirá el mejor homenaje que consistirá en *conocerle e inspirarse en su vida ejemplar*.

Mientras tanto, la escuela primaria cumple su misión dando a conocer a grandes rasgos la obra que realizaron los hombres de estado, escritores, artistas y sabios que como Ameghino, honran a la patria y a la humanidad (1).

(1) Para conocer en sus variados aspectos la vida de Ameghino, los maestros y alumnos debieran leer el Prólogo del volumen I de la “Vida y Obras del Sabio” por Alfredo J. Torcelli, escrito con el cariño del amigo y la admiración del estudioso. La exposición tan sencilla como interesante, abunda en tan curiosos pormenores, que su lectura cautiva desde la primera página.



CANCION DE LA PAZ

Duermen los niños en sus cunas,
las buenas madres velando están.
¡Duermen los niños! ¡Sueñan los niños!
Esa es la paz.

Cantan los niños en las escuelas,
vuela en los aires coro jovial.
¡Cantan los niños! ¡Juegan los niños!
Esa es la paz

El sol fecunda las campiñas,
los sembradores, sembrando van.
Grandes cosechas colman el mundo:
Esa es la paz.

A la distancia, en la llanura,
se eleva el humo del dulce hogar,
vuelan en torno las golondrinas:
Esa es la paz.

.....
Diez mil navíos en la dársena,
diez mil navíos van a zarpar,
por el mar vienen diez mil navíos:
Esa es la paz.

Por los senderos, en tumulto,
los campesinos vienen y van;
pasan cantando los campesinos:
Esa es la paz.

Y en las aldeas y en las ciudades,
y en las montañas y en las campañas,
ninguno falta, todos están:
¡Están los viejos y los jóvenes,
están los hijos y están las madres!
Esa es la paz.

MARIO BRAVO

Poeta argentino (de *Canciones y poemas*)



ALMA LIMPIA

Ahí lo tenéis.

La pureza de su alma se transparenta en la expresión del rostro y en su límpida mirada.

¿Qué sentirá ese muchacho simpático que a la edad en que otros muchos niños solamente piensan en jugar, lleva el uniforme de mensajero que le impone ya muchas obligaciones?

¿Quién es, por fin, este niño cuyo retrato contemplamos?

Se llama *Antonio Sigimbosco*. Es huérfano de padre. Pertenece a una familia modesta. Concurría a la escuela y vendía diarios.

Imaginaos su vida agitada, cruzando las calles de tráfico incesante, trepándose a los tranvías, sorteando peligros a cada instante, soportando las inclemencias del invierno en las mañanas frías y en las noches crueles, para trasladarse después a

su modesto y lejano hogar, llevando a la buena madre su reducida ganancia para costear el sostenimiento de la familia.



Pero, un día, en una esquina solitaria de las calles de la ciudad, encontró una valija ¡con 10.000 pesos! perteneciente a un empleado del restaurant del Jockey Club.

Sigimbosco no dudó un solo instante.

Su conciencia era pura como una gota de rocío; su corazón infantil palpitaba cantando la canción del bien y devolvió la valija con los diez mil pesos.

La prensa elogió su bella acción; la Comisión del Jockey Club lo incorporó a la administración en calidad de Mensajero; las revistas publicaron su retrato; varias instituciones lo premiaron y ese niño se engrandeció ante la conciencia del pueblo.

Pero él sintió algo más hondo y valioso que todas las admiraciones y homenajes: el palpitar jubiloso de su corazón, la tranquilidad de su conciencia, la satisfacción del deber cumplido.

Y fué el orgullo de su buena madre; lección viva de honestidad y ejemplo digno de ser imitado.

Yo he tenido la satisfacción de estrechar las manos de este simpático niño y oír de sus labios el relato de su bella acción.

¡Con qué discreción y sencillez me lo dijo todo!

Delgadito, de facciones finas, irradiaba simpatía. Su voz era suave. Los ojos grandes y expresivos. Trajeado con el uniforme de mensajero, su figura era armoniosa y elegante.

Le he rendido el homenaje de mi admiración; y, porque ese niño ha hecho mucho bien con su conducta ejemplar, relato su acción y su retrato engalana la primera página de esta lectura.

Cuando el maestro terminó de leer esta página, los niños se apresuraron por conocer el retrato del simpático muchacho y comentaron elogiosamente su bella acción.

Maestro y alumnos estaban contentos, porque el relato de las acciones bellas, dulcifica el carácter; y el buen carácter es como una flor del espíritu con el aroma de la bondad y del bien.

LO QUE LEYO EL MAESTRO

Como en el transcurso de una conversación que el maestro mantuvo con sus alumnos sobre las actividades agrícolas durante los meses del verano, mostrara varias láminas apropiadas, los chicos hicieron muchas preguntas, y uno de ellos dijo:

—Los chacareros deben hacer *un platal* cuando la cosecha es abundante.

—Le he oído decir a papá — agregó otro — que aun cuando la cosecha sea buena apenas sacan para pagar los gastos del año.

—Pues yo conozco a un chacarero que ha hecho edificar una linda casa en el pueblo, donde vive con su familia durante el invierno, y cada año arrienda más campo y siembra más.

—Según y conforme — respondió el maestro.

En la próxima clase leeremos un artículo muy interesante sobre la situación en que se encontraron tres chacareros que sembraron la misma extensión y recogieron la misma cosecha.

Conviene que lo escuchen atentamente, porque lo que se relata puede ocurrir con frecuencia entre nuestros agricultores.



TRES CHACAREROS

I

Hace ya varios años, era yo dependiente de una casa de comercio establecida en pleno campo, en el límite de dos partidos del norte y bien situada en el cruce de varios caminos.

Yo vendía de todo cuanto me pidieran: un kilo de yerba mate, un pañuelo para el cuello de un compadre, un chambergo, un rebenque, etc. Servía un vermut con soda y hasta llevaba los libros.

Como yo era diminuto y flaco, algunos paisanos, chacotones y chichoneadores, solían exclamar: "Dígame, patrón: ¿de dónde ha sacado esta laucha?". ¡Y me daba una rabia!... ¡Yo laucha, cuando por dentro me sentía un gigante!...

Pero vencí mi amor propio y me acostumbé a oírme llamar *laucha*, comprendiendo que el amor propio debe guardarse para cosas más altas y nobles.

La mayor parte de los agricultores de tres leguas a la redonda se surtían en nuestra casa. Pedían, pedían y concluían diciendo: *Apunte no más*.

Casi todos se limitaban a arar, sembrar... y esperar.

Todo cuanto necesitaban, desde la galleta hasta el perejil, lo llevaban de nuestra casa.

Los pequeños cultivos eran casi desconocidos. Rara era la chacra donde hubiera gallinas, algunos patos y otras aves de corral, ni cerdos, ni vacas lecheras, ni otros animales que proporcionaran carne.

Las pequeñas industrias domésticas apenas merecían alguna atención.

Guardo bien el recuerdo de tres chacareros que figuraban en mi gran libro de *cuentas corrientes*.

Son tres ejemplos prácticos que aclaran cuanto voy diciendo.

II

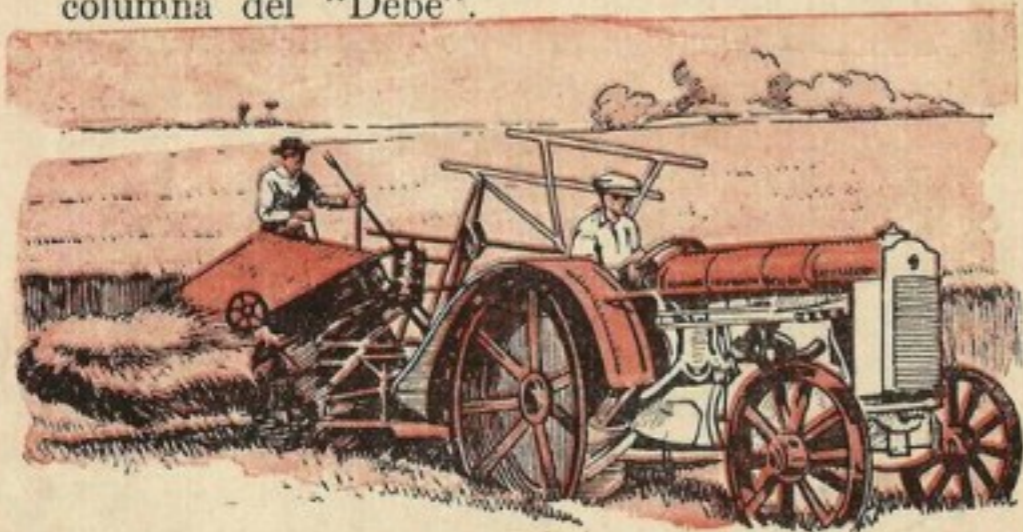
Habían arrendado doscientas hectáreas cada uno, y, poco más o menos, obtuvieron la misma cosecha.

Uno de ellos, vasco francés, apenas aparecía por nuestra casa. Solamente compraba lo más necesario: galleta, yerba mate y azúcar. En su chacra había un par de hectáreas dedicadas a huerta, corral y gallinero. Cultivaba verduras, papas, arvejas y otras legumbres. Tenía media docena de cerdos magníficos, tres o cuatro vacas lecheras, numerosas gallinas y un crecido número de blancos patos que se bañaban en una alberca.

La mujer y sus hijas sabían hacer medias, cosían y zurcían, logrando que las ropas alcanzaran larga duración.

La familia comía admirablemente: pollos, patos, embutidos y fiambres preparados en casa; ricas legumbres, repollos, ensaladas, etc.

Otro de los chacareros tenía algo de lo señalado, pero en menor escala, y sin el prolijo cuidado del anterior. Venía con frecuencia a nuestra casa para proveerse de muchas cosas. El tercer chacarero era un cliente admirable. Lo teníamos en casa constantemente. "Apunte no más"... Entraba por la pulpería y salía por la talabartería, después de haber pasado por la tienda, la ferretería, la carnicería y la panadería, para dar en el corralón. El carrito partía cargado hasta el tope. Yo abría el famoso libro de cuentas y estiraba una cuarta la columna del "Debe".



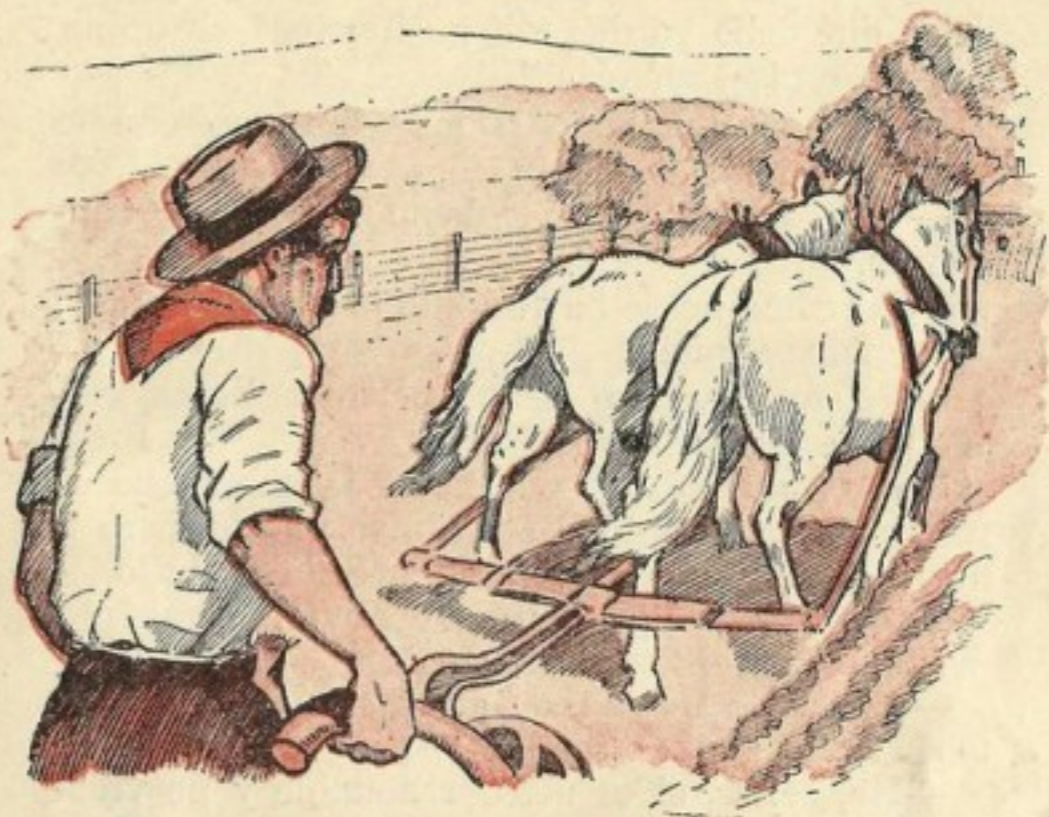
Como este chacarero había un centenar, con unas cuentas más largas que *lazo santiagueño*.

Resumen: Llegó la cosecha con resultado productor idéntico en las tres chacras.

El vasco francés obtuvo una ganancia de *seis mil pesos*.

El segundo chacarero ganó *tres mil*.

En cuanto al último, su situación no podía ser más triste. Liquidado el fruto de su chacra, quedaba debiendo a la casa *dos mil pesos*.



¡El imprevisor chacarero había trabajado para nosotros!

III

Pero no se conformaba con su situación. No podía comprender que, siendo las tres cosechas iguales, el primero hubiera ganado seis mil pesos, el segundo tres mil, y él saliera entrampado en *dos mil*.

Entró, vociferando, en el escritorio:

— ¡Dónde está laucha? ¡Que venga la laucha!

— Yo no soy ninguna laucha, ni tengo la culpa de que usted se haya *farreado* la cosecha en el almacén y la pulpería.

— ¡Cállese, su laucha, y *pele* el libro! A ver: ¿Por qué debo yo dos mil nacionales? Examine, laucha, revise, no más.”

Le fuí cantando las partidas y le repasé en alta voz las sumas.

—Vea, amigo, usted mismo se ha ido fundiendo.

— ¡Y ¿cómo no se ha fundido el vasco francés? Tiene Dios aparte?

—No, amigo, pero tiene huerta, gallinas, cerdos, vacas lecheras y...

No le aplacó esto, porque se tarda mucho en recuperar la serenidad cuando se pierde, pero le hizo guardar silencio y permanecer cabizbajo.

Empezó a comprender que yo tenía razón y preguntó en tono más amistoso:

— ¿Y no será que me han puesto unos precios bárbaros?

—No, señor, si es usted razonable y no viene con imposiciones yo soy capaz de hacerle ver las cuentas de los demás para que se convenza de que los precios son iguales para todos.

Vi en el hombre grandes propósitos de cambiar de conducta y de ser más previsor en lo sucesivo. Si cumplió lo que se proponía no lo sé, porque después de aquella escena, y otras semejantes, perdí la paciencia y le dije al dueño del negocio:

—Vea, patrón, yo no sirvo para *pulpero*; arrégleme los sueldos, porque me voy.

— ¿Y a dónde va a ir que más valga?

—A una laucha nunca le faltan agujeros donde meterse. Me voy.

Si alguna vez — observó el maestro — alguien de ustedes se dedica a la agricultura, tenga presente este relato, para que no le ocurra lo que le pasó al chacarero imprevisor.

Adaptado de F. Grandmontagne (Suplemento de "La Prensa")



IGNACIO LUCAS ALBARRACIN

La patria ha tenido hijos ilustres que han sobresalido en el gobierno, la milicia, las ciencias, las letras, la educación, etc., cuyos nombres se recuerdan como enseñanza y estímulo para las generaciones argentinas.

Pero, entre estos buenos hijos de la patria, hay una figura de tan relevantes méritos por la bondad y nobleza de sus sentimientos, por la entereza de su carácter templado en todas las pruebas y la pureza de su idealismo, que llegó a imponerse al respeto de sus conciudadanos y nos legó el más alto ejemplo de una vida en perpetua lucha contra la incomprensión, la ignorancia, la indiferencia, la burla y los malos sentimientos para con los animales.

Fué un apóstol de su ideal; un evangelizador del bien; un luchador formidable por su constancia y tenacidad, su valentía irreductible y la pasión que puso en la consecución de sus propósitos.

¿Quién fué este abnegado luchador, este incan-

sable pregonero de sus ideales, esta alma blanca de niño que se conquistó el respeto y la simpatía de sus conciudadanos?

¿Qué ideal alentó su vida? ¿Qué obra realizó? Trataremos de explicarlo en breves líneas.



Se llamó Ignacio Lucas Albarracín. Nació el 31 de Julio de 1850 y falleció el 19 de Abril de 1926.

El 24 de Septiembre de 1881, conjuntamente con el gran Sarmiento, fundó la Sociedad Argentina Protectora de los Animales.

Por su iniciativa, el Congreso Nacional dictó la Ley de Protección a los Animales y, en 1904, apareció "El Zoófilo Argentino" órgano de la Sociedad y de propaganda de los ideales del doctor Albarracín. En 1908 se instituyó "La fiesta del animal" en la Capital de la República y en 1924 en la provincia de Buenos Aires.

Las Ordenanzas o Disposiciones dictadas por

las autoridades en defensa de los animales fueron debidas a su gestión incesante, pues ejerció la presidencia de la Sociedad desde 1882 hasta su deceso, o sea durante 44 años!

Esta breve reseña no da ni una idea aproximada de su acción perseverante y entusiasta, de sus campañas valientes, de las amargas cosechadas, de la indiferencia vencida y de la oposición quebrantada, hasta culminar con el triunfo.

¡Cuánta bondad, cuántos sacrificios y cuánta consagración fueron menester para que no cesara jamás!

Y todo ¡en defensa de los animales !; Todo para hacernos entender que debíamos ser “buenos y compasivos con nuestros hermanos menores” como los llamaba; porque, ante todo y sobre todo, decía, dirigiéndose a los niños, “*debéis ser buenos, debiendo primar la bondad sobre la destrucción, porque vale más, mucho más, un hombre bueno, aunque con la mínima instrucción, que un sabio con el corazón petrificado*”.

¡Os imagináis, niños, cuánta bondad tenía que rebosar el alma del doctor Albarracín, para dedicar toda su vida en beneficio de seres que jamás corresponderían ni con un gesto de gratitud a sus afanes y sacrificios!

Cuando se le rinda el debido homenaje a este gran benefactor, las generaciones de niños que se sucederán irán en peregrinación hasta el pie de su efigie apostólica para inspirarse en su vida ejemplar.



LA FIESTA DE MIRRORINGA MIRRORONGA

Mirringa Mirronga, la gata candonga,
va a dar un convite jugando escondite,
y quiere que todos los gatos y gatas
no almuercen ratones ni cenén con ratas.

— A ver, mis anteojos y pluma y tintero,
y vamos poniendo las cartas primero.
Que vengan las Fuñas y las Fanfurriñas
y Ñoño y Marroño y Tompo y las niñas.



Ahora veamos qué tal alacena.
Hay pollo y pescado. ¡La cosa está buena!
Y hay tortas y bollos, y carne sin grasa.
¡Qué amable señora la dueña de casa!

Venid, mis michitos Mirrino y Mirrón,
id volando al cuarto de mamá Fogón,
por ocho platillos y cuatro bandejas,
que no estén rajadas ni rotas ni viejas.

Venid, mis michitos Mirrón y Mirrín,
traed la canasta y el dindirindín.

Y, ¡zape al mercado!, que faltan lechugas,
y nabos y coles y arroz y tortugas.

Al cerrar la puerta Murriña, la tuerta,
en una cabriola se mordió la cola,
mas olió el tocino y exclamó: — ¡Miau,
este es un banquete de piripipau!

Con muy buenos modos sentáronse todos,
tomaron la sopa y alzaron la copa;
el pescado frito estaba exquisito
y el pavo sin hueso era un embeleso.

De todo les brinda Mirringa Mirronga:
— ¿Le sirvo pechuga? — Como usted disponga.
— ¿Y yo a usted pescado, que está delicado?
Pues tanto le gusta no gaste etiqueta.

— Repita sin miedo — Y él dice: — Concedo.
Mas ¡ay!, que una espina se le atasca, indigna,
y Ñoña, la hermana, que es habilidosa,
metiéndole el fuelle, le dice: — ¡Resuelle!

Mirriña, la cuca, le golpeó en la nuca,
y pasó al instante la espina del diantre.
Sirvieron los postres, y luego el café,
y empezó la danza bailando un minué.

RAFAEL POMBO.



LIBROS

¡Libros de mi biblioteca!... Libros cariñosos, libros amables, libros graves y serios. ¡Yo os quiero mucho, libros míos!

Libros en los cuales aprendí las primeras palabras; en cuyas páginas se deslizaron torpemente mis dedos y sus figuritas miré cien veces. Libros modestos de mis primeros años escolares. ¡Con cuánto cariño los miro y los recuerdo!

Libros de lectura con narraciones y cuentos que me entretuvieron más tarde, cuando vencí las primeras dificultades y tuve la *gloria de leer corrido*.

Libros graves de Historia, Ciencias Naturales, Geografía y Aritmética que pusisteis la chispa del saber en mi cerebro y ensanchasteis mi pequeño mundo infantil haciéndome saber tantas cosas.

Libros benditos que despertasteis mi curiosidad y con ella el ansia inagotable de saber.

Libros encantadores que me hicisteis soñar con seres, cosas y mundos maravillosos, que me hicisteis viajar en navíos con velas desplegadas por todos los mares y recalaron en los puertos de todos los países; libros que me hicisteis perseguir a elefantes, tigres y leones por las selvas africanas; libros que me llevasteis hasta la luna, viajero regocijado en una bala de cañón; libros que me mostrasteis las ciudades muertas, los ríos famosos, las islas desiertas, los monstruos de leyenda y la ruta de los grandes aventureros... ¡Libros que recordaré con cariño y gratitud por los ratos felices que me hicisteis pasar! ¡Y con cuánto placer os nombro! Querido Robinsón Crusoe, valiente Telémaco; libros amados de Julio Verne; fantástico de los Doce Pares de Francia; alegre y juguetón de Juvenilia; chacotón de Fausto; grave y triste de Martín Fierro; regocijado de Santos Vega, libro tres veces buenos de Recuerdos de Provincia.

Libros que, apretaditos en los estantes de mi biblioteca, parecen brindarse dócilmente a la mano que los toma y abren las páginas que atesoran la sabiduría de los siglos para nutrir la inteligencia, fortificar la voluntad y educar los sentimientos.

¡Libros míos! ¡Sois mi único tesoro y los mejores amigos que tengo!



LA AFICION POR LA LECTURA

Yo debo a la lectura los días más felices de mi vida. Mi afición por leer se despertó siendo aún muy niño, y en cuanto empecé a leer corrido.

Dejé de ir a la escuela cuando cursé el tercer grado; pero mi bendita afición a la lectura — que Avellaneda y Sarmiento han elogiado con tan bellas palabras — hizo que leyera cuanto libro o diario estaba al alcance de mi mano. Muchas cosas no entendía; otras, más que entenderlas, las adivinaba: pero aprovechaba la lectura de otras páginas sobre los más diversos asuntos, pues todas despertaban mi interés.

Y leí prosa y verso. Libros de estudio, de arte, novelas, comedias, dramas; y, felizmente, muchas

producciones de autores argentinos. Y digo felizmente porque tenemos la propensión de admirar todo lo extranjero, y pocas veces, o nunca, lo nuestro.

¡Cómo me interesaron las obras de imaginación, las de viajes y aventuras!



¡Con qué entusiasmo leí “Las mil y una noches”; “Robinson Crusoe”; “Telémaco”; los cuentos de Edgar Poe; “Mis Prisiones”, de Pellico; “Corazón”, de D’Amicis; “María”; “Amalia”; “La Gran Aldea”; “Los silbidos de un vago”; “Juvenilia”; “En viaje”; “Facundo”, y casi todas las obras de Julio Verne!

Y no menos entusiasmo despertaban en mí las producciones de los poetas.

El ritmo de la versificación me deleitaba; los sentimientos y las pasiones de muchas poesías hallaban eco en mi alma, y las estrofas que me impresionaban más, quedaban grabadas en mi memoria.

Por la “Antología” de Cossón me inicié en el conocimiento de las más selectas poesías del habla

castellana y muchas traducciones de los grandes autores antiguos y modernos.

Y conocí las sentidas composiciones de Balcarce; las terribles invectivas de Mármol; la musa doliente de Ricardo Gutiérrez; las composiciones amables y llenas de gracia de Guido y Spano; los cantos soberbios de Olegario Andrade; los magníficos versos impregnados del sabor nativo, del simpático poeta Rafael Obligado; la poesía festiva y chacotona de Estanislao del Campo e Hilario Ascasubi, y la sentida, grave o triste de Martín Fierro.

Y leí también a Castellanos, Gervasio Méndez, Martín García Merou, Coronado, Oyuela y Almafuerde, y que ya pocos leen... porque, a nuevos tiempos, dicen, nuevos gustos. Será así, pero la belleza poética siempre será belleza, para deleite del espíritu.

II

—Pero — continuó diciendo mi amigo, — leí también comedias, dramas y novelas.

¡Cómo sentí que, a cada nueva lectura, se ampliaba el círculo de mis ideas y conocimientos!

¡Qué afán, qué contento sentía al tener la dicha de poder leer una nueva obra!

¡Y pensar que tanta felicidad y tanto beneficio se lo debía a la escuela, desde que aprendí a leer *de corrido*! ¡Cómo no recordar con cariño los años que se deslizaron en el aula; los libros que leí o estudié en los primeros grados; la escuela, la destaralada escuela en cuyo recinto recibí el don de los

primeros conocimientos y con ellos el afán insaciable de leer, y a los maestros, que con sus enseñanzas encendieron mi mente e impregnaron mi corazón de sentimientos buenos!



¿Podré pagar algún día tantos beneficios?...
¡Jamás!

.....

Quando veo a tantos niños o adolescentes que concurren a escuelas que parecen palacios, de aulas bien aireadas y patios amplios y bien asoleados, con material ilustrativo abundante y maestros con título, hábiles en el arte de educar; cuando pienso que de la escuela primaria pueden pasar a diversas instituciones de enseñanza: escuelas normales, colegio nacional, escuela de comercio, etc., y seguir la profesión que más les plazca; cuando considero que en numerosas bibliotecas están al alcance de quienes lo desean los más variados y valiosos libros; cuando estimo que los diarios y las revistas ilustradas tienen material interesante sobre ciencias, artes y letras... y veo

que la afición por la lectura y el estudio serio no está aún muy difundida, mi espíritu se entristece y no acierto a explicarme la causa de tal fenómeno.



¿Será que las distracciones, tan numerosas actualmente; que la pasión dominante de los deportes; que la misma facilidad de alcanzar lo que se desea haya aniquilado el esfuerzo constante y tenso y el ansia de llegar a la cumbre, más afanosa cuanto más difícil la subida?

.....
Y terminó diciendo, mientras yo le escuchaba con respeto y creciente interés:

—¡Manes de Sarmiento, Rivadavia, Echeverría, Juan María Gutiérrez, Belgrano, Paz... que os hicisteis hombres instruidos y ciudadanos ilustres mediante el propio esfuerzo, yo os recuerdo con admiración, porque vuestras vidas fueron vidas ejemplares!



¡LEED, HIJOS MÍOS!

I

Niños que vais a las escuelitas de la campaña, solitarias en medio de la llanura; perdidas entre los valles serranos; ocultas entre la fronda de los bosques chaqueños, misioneros o la selva de Montiel; *niños* que recorréis largas distancias, llevando junto al pecho el tesoro de vuestro librito y cuadernos, de a pie, en carruaje, a caballo, de a dos, de a tres, en grupos y solitos a veces... llegad a la pobrecita escuela con el corazón contento, porque allí el maestro bueno o la maestra amable y cariñosa, como una dulce madrecita, os repartirá la riqueza que nunca se acaba de los conocimientos útiles, de los sentimientos sanos y de las obras buenas.

Escuchadla atentamente, y cuando volváis a vuestros hogares, en los atardeceres templados o en las noches silenciosas, abrid los libros, y leed, leed, hijos míos, para nutrir el entendimiento, para educar la voluntad, para cultivar los sentimientos, para ser hombres o mujeres fuertes, útiles y buenas.

Leed, hijos míos, leed hasta que el sueño, con sus deditos de rosa, os entorne los párpados.

II

Niños de las escuelas suburbanas que habitáis en los alrededores de los poblados y vais por entre caminos sombreados por álamos enhiestos, altos eucaliptos o melancólicos sauces hasta la escuela del vecindario; *niños* que en los días lluviosos hacéis prodigios de habilidad y ligereza para salvar baches y saltar zanjas, llegando muchas veces con los pies mojados; llegad alegremente hasta vuestra escuela, que allí también os esperan los maestros para deciros muchas cosas amables y buenas que despertarán vuestra curiosidad e interés, y que más tarde habréis de leer en las páginas de los libros y a vuestro alrededor cuando sepáis *mirar y escuchar*: en los pájaros que vuelan, anidan y cantan, en el insecto que zumba, en las plantas de las huertas, en el arroyo que cruzaréis a veces, en los animales que pacen tranquilamente junto a vosotros, en la tierra, en el cielo y en la vida...

Niños simpáticos, hijos de hombres laboriosos que labran la tierra, cuidan el ganado, cosechan las mieses, levantan sus chozas y transportan sus productos... *leed* cuando tengáis un momento libre, y sabréis más que vuestros padres, cultivaréis la tierra con más arte y los productos serán más abundantes y de mejor calidad.

¡Leed, hijos míos, para aprender y distraeros!

III

Niños de las escuelas urbanas, de las escuelas

urbanas con muchas aulas y patios, con hermosas ilustraciones y atendidas por numerosos maestros.

Niños que con blancos delantales, poniendo la nota movible, alegre y clara por las calles de la ciudad, vais en grupos numerosos haciendo travessuras sobre el asfalto o las baldosas de las aceras y llegáis limpios y sin fatiga a la escuela que os ofrece el amplio patio, como una madre su regazo; *niños* que recibís la bienvenida con el talán tlan de la campana, desfilaréis después en formación correcta hacia vuestras aulas, donde la maestra dirá la misa de su lección ante vosotros; la maestra sabia y buena que dirá cosas serias, sencillas y claramente, poniendo en cada idea la flor de su amable sonrisa...

Niños simpáticos, alegres, vivarachos e inteligentes, escuchadla y complacedla como si fuera vuestra madre, y... ¡aprenderéis tantas cosas!

Y, cuando volváis de la gran escuela, destinad menos tiempo al fútbol, al cinematógrafo, a los varios juegos que tanto os entretienen, y algo más al estudio y a la lectura. Y leed, hijos míos, para bien de vosotros mismos, de vuestros maestros y de vuestros padres.

Así dijo mi amigo; apoyó su frente en las manos y permaneció silencioso.



DIGAMOS PALABRAS BUENAS

Digamos palabras buenas: palabras de amistad, palabras fraternales, palabras de amor.

Hace falta mucho amor para poner más serenidad en el semblante, más dulzura en las miradas, más suavidad en el tono y menos aspereza en el lenguaje.

Hay semblantes que parecen expresar un mundo de rencores. En esos espíritus anidan el odio y las pasiones mezquinas.

Hay ojos que miran con insolencia o dureza. Esas miradas expresan malos tratamientos.

Hay ademanes que parecen amagar trompadas o dar hachazos, y gestos que parecen muecas. Ponen tanta fealdad en las actitudes como en los semblantes.

Hay semblantes salpicados de palabras duras y groseras que manchan el maravilloso don de la palabra y los labios que las dicen.

Si este lenguaje fastidia o avergüenza cuando lo oímos en los labios de los adultos, entristece si mancha los labios de los niños.

Habíamos amablemente siempre, pero sin dulzuras empalagosas ni adulonerías.

Digamos las palabras necesarias que interpreten fielmente nuestro pensamiento claro y sincero, sin gritos, en tono natural; con el semblante sereno, con la mirada tranquila, con ademanes espontáneos y expresión amable.

Y nunca jamás digamos la palabra torpe o grosera; porque revelará la grosería de nuestro espíritu, y ofenderá a nuestra dignidad de seres humanos.

Hablemos respetuosa y cariñosamente a nuestros padres; amablemente a nuestros hermanos; cordialmente a los compañeros o amigos; con respeto a los ancianos; cortésmente a las mujeres; y con la debida consideración a todos.

Respetemos siempre y tendremos la dicha de ser respetados.

No hablemos cuando el fastidio nos invada, la impaciencia nos domine o la ira nos ofusque.

Si lo hacemos, diremos lo que probablemente nos pesará más tarde, y lo diremos, lo que es peor, con palabras duras, torpes y malas.

Desde niños, usemos con nuestros compañeros, especialmente en los juegos, palabras de amistad, palabras fraternales, palabras de amor.

Si en cada escuela formaran los niños *ligas del buen lenguaje*, comprometiéndose a no decir palabras inconvenientes, tal vez en la sociedad habría mayor número de personas amables, simpáticas y buenas.



MANITA INFANTIL

I

La madre, junto a la cuna velaba el sueño de su hijo. Hermoso era el niño. Su piel tersa y blanca, negros y sedosos los cabellos ensortijados. Los párpados cerrados dejaban adivinar el óvalo de sus grandes ojos.

La boquita, las mejillas, la barbita y el cuello eran un encanto. ¡Imposible mirar a tan linda criatura sin sentir el deseo de acariciarla!

La madre la contemplaba embelesada. La besaba con las miradas; con la ternura bendita de su amor maternal. Sobre la almohada, junto a la adorable cabecita, reposaba una manita suave, diminuta y gordita.

No pudo resistir a la tentación de tomarla entre las suyas. Se inclinó, la besó con adoración y quedó inmóvil, fija la mirada en aquella manita ater-

ciopelada que retenía entre las suyas como a un pichoncito en su nido.

Y así permaneció un rato, mientras sus labios se movían imperceptiblemente como si hablara en secreto. Su rostro, ora sereno o triste, ya regocijado o serio, reflejaba los pensamientos que se agitaban en su espíritu.

¿Qué pensaba, qué decía moviendo apenas los labios esa madre amorosa mientras velaba el sueño de su hijo?...

II

Decía:

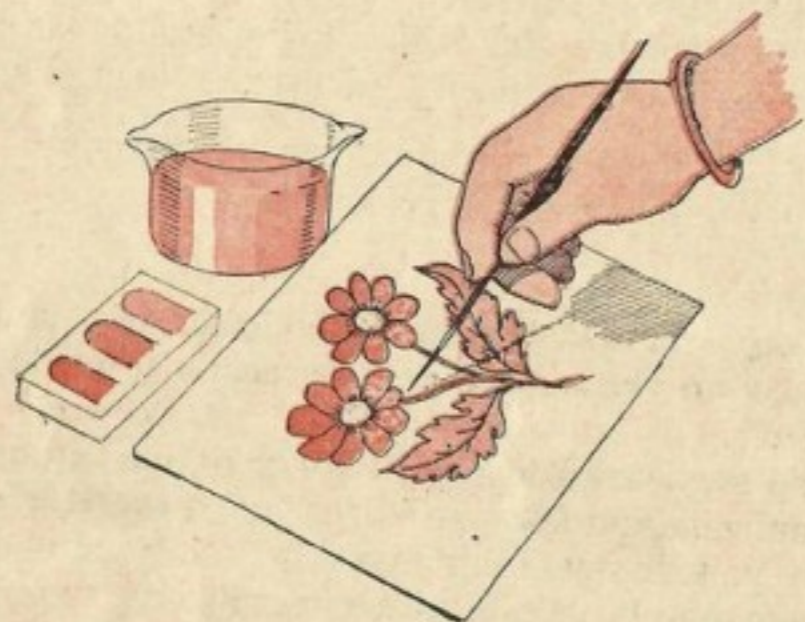
—¿Qué harás, manita de mi corazón, cuando empieces a vivir, libre de tu cunita y lejos de mi regazo?...

¿Se deslizarán tus deditos en las hojas de los libros señalando las palabras que aprenderás a leer; y, torpemente primero y hábilmente después, con el lápiz o la pluma garabatearán en los cuadernos hasta formar los signos mediante los cuales podrás escribir?

¿Y después... blanca manita mía, ágil, fina y hábil, trazará líneas, combinará dibujos, hará planos y habré de verte, hijo mío, joven hermoso y fuerte, dirigiendo la construcción de un puente o un palacio con inteligente precisión?...

Blanca manita mía, ¿trasladarás, acaso, al lienzo las maravillas de formas, colores, sombra y luz que brinda la naturaleza; atacarás con el cincel el bloque de piedra o mármol arrancándole la estatua que ría, cante o llore; hará vibrar en el teclado o

las cuerdas notas melodiosas o escribirá el libro que instruya o la poesía que deleite?...
— Blanca manita mía, ¿te agitarás en las tribunas acompañando la elocuencia de la palabra y el gesto con ademanes amplios y expresivos?...



— Blanca manita mía, ¿empuñarás el martillo, la sierra, el escoplo o quizás la mancuera del arado para roturar las tierras y sembrar los gérmenes de futuras cosechas?...

— Blanca manita mía, y tiemblo al pensarlo... ¿Se teñirá tu suave palma con sangre humana y habrá de aferrarse, ¡Dios mío! en las rejas de la cárcel?...

— ¿Castigarás, blanca manita mía, al inocente o al débil, juguete de tu carácter violento, hijo mío?...

— No, hijo mío; no, dulce manita mía, serás una manita buena.

Yo te quiero suave, mansa y dulce, acariciadora y expresiva para que se pose como un ala protectora sobre la cabeza de los niños, defienda a los débiles, se santifique en obras buenas, y con el apretón cordial consuele a los que sufren.

Y la santa madre, con dulce serenidad volvió a besar la blanca manita de su hijo y se alejó en puntillas para no turbar el sueño de aquella flor humana que reposaba en la cuna.

Los alumnos cerraron el libro... pero cada uno vió a su buena madre, cuando era pequeño, velando su sueño y pensando como pensaba aquella santa madre que besaba la manita de su hijo.

Y oyeron como una voz que les decía secretamente:

¡Hijos, hijos! sed buenos, muy buenos con vuestras madres.

¡Santas y benditas madres!

INDICE

PRIMERA PARTE

	Pág.
Sé Bueno	7
A los maestros	9
El despertar de Carlitos	11
La mañana de este niño	13
Hacia la escuela	15
En el jardín	17
Una linda poesía	19
Limpio el lenguaje y limpia la conciencia	21
El puesto de Don Heraclio - I	24
El puesto de Don Heraclio - II	26
El puesto de Don Lisandro	29
La madrugada	32
Canta la brisa y canta el agua - I	34
Canta la brisa y canta el agua - II - III	35
Don Santiago	36
El tambo - I	38
El tambo - II	40
Mañana campesina	41
Una tarde calurosa	44
Una tarde de labor	47
El crepúsculo	50
La noche - I	53
La noche - II	54
El chingolo (poesía), por Leopoldo Lugones; de "El libro de los paisajes"	58
Algunas cosas que aprendió Carlitos - I	60
Algunas cosas que aprendió Carlitos - II	63
De regreso	65
En su casa	67

SEGUNDA PARTE

	Pág.
Pajaritos - I	70
Pajaritos - II	72
Pajaritos - III	74

La aguja (poesía), E. M. Barreda	76
Jugando con muñecas - I	79
Jugando con muñecas - II	81
Mi madre	84
Caricia (poesía), Gabriela Mistral	86
Una bella acción	88
La pequeña bondad	90
Hombrecito (poesía), Gabriela Mistral	93
Los charlatanes	95
Saber discutir - I	98
Saber discutir - II	99
La vida es actividad!	101
El martillo (poesía), E. M. Barreda	103
Un paseo matinal	105
Lo que dijo mi amigo después del paseo - I	109
Lo que dijo mi amigo después del paseo - II	111
Duerme (poesía) de "La cuna vacía"	113

TERCERA PARTE

	Pág.
La bandera argentina	115
Sarmiento.	117
¡Un perro rabioso! - I	120
¡Un perro rabioso! - II	122
La Patria	124
Trova — Poesía por Guido Spano	128
Florentino Ameghino - I	131
Florentino Ameghino - II - III	134
Canción de la paz (poesía), Mario Bravo	136
Alma limpia	138
Lo que leyó el maestro	141
Tres chacareros - I	142
Tres chacareros - II	143
Tres chacareros - III	145
I. Lucas Albarracín	148
La fiesta de Mirriñga Mirronga (poesía), R. Pombo	151
Libros	154
La afición por la lectura - I	156
La afición por la lectura - II	158
¡Leed, hijos míos! - I	161
¡Leed, hijos míos! - II - III	162
Digamos palabras buenas	164
Manita infantil - I	166
Manita infantil - II	167
Final de vacaciones	170

